



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU

**Una pasión de inquisidor.**

Dos meses había que Dolores, milagrosamente libre de las pasiones de Pedro Arbues, vivía pacíficamente bajo la protección del apóstol, en el asilo que le había elegido. Dos meses también hacía que el infeliz Manuel Argoso, antiguo gobernador de Sevilla, se consumía en secreto (1) en los calabozos de la inquisición, vastos sepulcros de donde es de admirar que hayan podido salir seres vivientes.

A pesar de sus pesquisas y del celo de Enriquez, nombrado por su influencia gobernador de Sevilla, el inquisidor no había podido descubrir el retiro de Dolores Argoso, oculta en la abadía de las carmelitas bajo un nombre que no era el suyo. Su pasión impura se había acrecentado, y en la imposibilidad en que estaba de satisfacerla, un disgusto profundo, una rabia interior y devoradora roía el corazón de este sacerdote inmundo, que cada día trataba de satisfacer su necesidad de venganza en los desgraciados que debía juzgar.

Impulsado por las insinuaciones de José, excitado por los instintos perversos de su feroz natural por este joven fraile que parecía ser su mal genio, Pedro Arbues acumulaba sobre su cabeza las maldiciones de la España; pero ni el aspecto de los suplicios, ni los lúgubres es-

---

(1) Todos los historiadores que han escrito de la inquisición están acordes en decir que, desde que una persona había sido presa y encerrada en los calabozos del santo oficio, no se la dejaba comunicar con nadie ni aun con sus parientes más cercanos; y si alguno se atrevía a interceder en su favor al instante era arrestado.

pantos del cadalso podrian saciar esa necesidad de emociones brutales, esos deseos ardientes y carnales que la memoria de la bella andaluza levantaba en el alma del impúdico Arbues.

Haciendo pesar sobre el gobernador su indignación y su cólera, el inquisidor no habia tenido otro objeto que obligar, por el terror, á la desgraciada joven á entregarse á él; habia obrado como hombre diestro, como hombre que conoce el corazón de las mujeres. Prenderla, sumirla en los calabozos de la inquisición, entregarla á los tormentos, á la muerte, ¿que era todo eso? ¡la heroina podia sufrir y morir, ella amaba! Pero atacar á su padre, ponerle á los tormentos de la inquisición, cubrirlo de ignominia y entregarlo á la hoguera, era un suplicio bastante atroz para la hija del gobernador! Ver en manos de los verdugos del formidable tribunal á ese padre que la habia amado con el amor más tierno, que le habia hecho la vida tan feliz y tan dulce, que no habia conocido la falta de una madre; esa desgracia debia ser el escollo del valor de la joven. Asi Pedro Arbues ne se indignaba más que de una cosa, de no poder hallarla.

En vano la milicia de Cristo habia sido puesta en su busca, en vano la tenebrosa cofradía, que tenia por jefe al vigilante y astuto *Mandamiento*, habia recibido las más magnificas promesas de dinero y protección, un poder providencial parecia tender un velo sobre la joven que el más santo de los hombres habia tomado bajo su custodia; ó bien en los celestes decretos, el momento de la persecución no habia llegado todavía para ella.

Este momento no estaba lejano.

La ceguedad de Pedro Arbues era tan profunda y tan amarga, que los hábitos mismos de su vida de relajación habian perdido para él, su más bello atractivo. La orgia le parecia empalagosa, las mujeres que el vicio ó el terror entregaba á sus impúdicos deseos, le dejaban frio ó irritado al salir de estos pasajeros placeres, cuya facil posesión le era insoportable.

La memoria de Dolores tenia solo para él encantos deslumbradores; hallaba el placer en una soledad absoluta poblada de esta bella imagen no por que esa alma depravada fuese susceptible de una verdadera pasión; sino por consecuencia de esa ley misteriosa que quiere que el ser más perverso sufra á veces la influencia de un ser hermoso y puro, y sin poder comprender su esencia di-

vina ni elevarse á su altura por el arrepentimiento que regenera al hombre, se haga voluntariamente y con delicia el esclavo de ese ser adorado.

Por desgracia, en las pasiones de esta naturaleza, el espíritu permanece de tal manera sometido á los sentidos, que satisfechos estos, la centella de amor que habia hablado la roca se extingue, no resta más que un ser brutal y feroz, alli es donde por algunos instantes se habia creído ver un hombre.

Sumido en las increíbles alucinaciones de una pasión no satisfecha llegada á su último periodo, el inquisidor de Sevilla habia buscado bajo la verde sombra de sus jardines un refugio contra los fantasmas que le perseguian.

Trataba de huir de sí mismo.

Pero lejos de calmar la agitación de su sangre, las emanaciones embalsamadas de los naranjos en flor, filtro poderoso, capaz de turbar la razón más fuerte, resaltaban inmoderadamente las fibras de su cerebro. Torrentes de voluptuosidad parecian circular al rededor de él con sus olores enervadores.

El frote de las hojas parecia una misteriosa armonía de besos furtivos, y acaso tambien en esa inmensa fecundación de la naturaleza entera en el momento de su dispartamiento, la mano invisible y poderosa que la remueve hasta en sus entrañas produce ese ruido vago ó imperceptible, ese murmullo extraño y armonioso que á veces escapa á las percepciones del oido material, pero que se hace oír en el alma en sus horas de recogimiento y meditación.

Muy luego agotado de laxitud, trastornado por los combates incesantes de la naturaleza, Pedro Arbues se dejó caer en uno de los bancos de mármol colocados á una y otra parte de este voluptuoso óasis.

Allí apoyó en sus manos la abrasadora cabeza, y lágrimas de rabia y dolor cayeron de esos ojos feroces, cuya mirada hacia temblar toda una provincia.

Vencido como un niño tímido el tigre inquisitorial dormia ese sueño temible que espanta.

De pronto un paso ligero se sintió sobre la arena, las ramás de los árboles se separaron con sordo frotamiento, y el ruido de una respiración fatigada turbó el silencio que reinaba en este lugar.

En medio de su sueño ficticio, Pedro Arbues sintió este

ruido, pero en este momento, bajo la influencia de una especie de letargia producida por la violencia de sus sensaciones anteriores, no abrió los ojos, no teniendo ni fuerza ni deseo de saber quien venia á turbarle asi. Estaba bajo el encanto de un ensueño, y la imagen de Dolores, la única que durante su sueño, se reprodujo á los ojos del alma, la imagen de Dolores, mezclándose al ruido real que se dejaba oír, el ensueño del inquisidor adquirió tal realidad que le parecia ver á la mujer que deseaba.

Alguno venia efectivamente de esta dirección, y el inquisidor creyó ver tambien á Dolores venir hacia él; cuando estuvo bastante cerca, tendió los brazos hácia ella, estrechó con afecto apasionado á su favorito José que dió un grito penetrante al verse así entre los brazos de Pedro Arbues.

Pedro Arbues abrió los ojos, y al aspecto del triste semblante que tenia ante sí, la separó con energía.

José fué á caer á pocos pasos en tierra.

Estaba pálido como un espectro y su corazón latia con pena.

— Maldito sea este sueño, exclamó el inquisidor con voz amarga; he creído abrazar el cuerpo sutil de una mujer....

José no respondió, no tenia fuerzas para hablar. Un recuerdo terrible se habia presentado á su imaginación, y en el momento que Pedro Arbues le estrechaba en sus brazos, se habia sentido helado por un terror horrendo.

Este terror se desvaneció pronto. El inquisidor pasó la mano por la frente como un hombre que trata de coordinar sus ideas; luego mirando á su favorito que permanecia en tierra inmóvil y aterrado, se echó á reír.

— ¡Pobre muchacho! te he tomado por una mujer.

Un sudor frio cubrió la frente del joven dominico.

— Vamos, levántate, prosiguió el inquisidor, y da conmigo un paseo al rededor de estos bosquecillos; ayudame á echar los duendes de que el aire está lleno esta tarde. Los genios de la Giralda<sup>(1)</sup> se han citado en mí casa. Yo sueño y no gozo ya de la vida real; vamos, José, ayudame pues á entrar en ella, te lo ruego.

José habia tenido tiempo de serenarse durante esta

(1) Según una tradición morisca, que llegó hasta nosotros, se cree generalmente, entre el pueblo, que la giralda fué construida por los genios que la habitan todavía.

alegre salida: se levantó, y saludando á su Eminencia, le preguntó por su salud.

— Estóy bueno, muy bueno, José, dijo el inquisidor con un aire social.

Los sueños penosos de la tarde no habian dejado señal alguna.

Pedro Arbues era así; pasaba rápidamente de una sensación á otra: esto sucede á las personas que tienen en el alma mucha violencia y poca profundidad.

Sin embargo, la imaginación de Dolores no se habia de tal manera borrado que no volviere muy pronto á ocupar la imaginación del inquisidor, que continuando su paseo por los jardines, acompañado de su favorito, dió á la conversación la hilación natural.

— José, dijo, ¿tu no sabes nada?

— Nada, señor, nada he podido descubrir.

Esta pregunta y esta respuesta eran muy oscuras; pero estos dos hombres se comprendian con una palabra; José sabia á fondo el alma del inquisidor.

— ¿Qué puedo hacer? dijo Arbues con rabia; he puesto en ejercicio la milicia toda de Cristo; he removido con un poco de oro toda esa miserable raza de gitanos que tienen por oficio el espionaje y el asesinado!... ¡nada! ¡He recorrido todos los conventos de Sevilla, nada! ¿Dolores habrá dejado este reino? ¿esa joven tierna y piadosa habria, por salvarse ella, abandonado á su padre á mí venganza?

Pedro Arbues decia la verdad cuando aseguraba haber profanado todos los conventos de Sevilla. El de las carmelitas no habia sido exceptuado; pero una circunstancia muy sencilla habia salvado á Dolores. Como no habia manifestado la intención de hacerse religiosa, y estaba vivamente recomendada por el apóstol, se le dejaba una libertad casi absoluta; no seguia, de los ejercicios de la casa, más que los que eran precisos á una mujer del mundo buena católica. Dolores amaba mucho las flores, y en el inmenso jardín de la abadía, habia elegido un lugar solitario en que cultivaba con sus manos las plantas que apreciaba más. Cuando la visita del inquisidor, se hallaba en este lugar muy lejano de los edificios.

Pedro Arbues habia sin embargo preguntado á la abadesa si tenia novicias ó nuevas profesas además de las que conocia, pero Dolores no era ni lo uno ni lo otro, y la abadesa considerándola como una educanda libre, cuya

permanencia sería de corta duración, no había dicho nada de ella al señor inquisidor.

Este no fue por prudencia ni precaución, fue por olvido.

Este era el motivo porque el inquisidor estaba persuadido de que la hija del gobernador había dejado Sevilla.

— Señor, dijo José, si realmente esa joven ha querido escapar, por la fuga, á las persecuciones de la inquisición, ¿no podeis escribir á los tribunales de Aragon y de Castilla, á los de Málaga y de Cuenca, á todos los de España, y en fin al rey para que se pongan por todas partes esbirros del santo oficio en busca de la fugitiva?

— ¡No, no! replicó vivamente Arbues; no es su muerte la que necesito, es á ella, ella sola.

— ¿El gobernador de Sevilla no está en los calabozos de la inquisición?

— Cierto, y es por lo que no puedo comprender la huida de su hija; ¡es tan fuerte y tan animosa! ¡ama tanto á su anciano padre!

« ¡Oh! ¡que venga ella! ¡que venga! prosiguió con una especie de delirio, con que gozo le diré: « tu padre será libre, pero se tu mía. » Y ella se entregará por salvar á su padre.

— ¡Y su padre no se salvará! dijo para sí el favorito echando una mirada de hiena al inquisidor.

— ¿Qué hablas tu bajo, José? dijo Pedro Arbues.

— Calculaba, señor, qué tormentos nuevos se podrian inventar para espantar á esa joven, en caso de que se halle.

— Quien es, dijo con prontitud Arbues, retrocediendo un paso.

— Vuestro fiel Enriquez que os busca, señor, respondió uno que acababa de entrar, que no era otro que el gobernador de Sevilla, Enriquez, antiguo familiar del santo oficio.

— ¿Por qué sorprenderme así? dijo Pedro Arbues con muy mal humor.

— Traigo buenas noticias á vuestra Eminencia, respondió humildemente el gobernador, y he creído.

— Habla, veamos, ¿qué hay?

— Dolores Argoso....

— ¡Bien!

— Está en el convento de las carmelitas, del otro lado de Guadalquivir.

— ¡Dolores! ¿y desde cuando?

— Hace dos meses.

— ¡Tu mientes! exclamó el inquisidor, yo he visitado el convento y Dolores no estaba en él.

— Está en él, señor, os lo juro por la Santa Eucaristía; estoy cierto y os lo probaré.

— ¡Bravo Enriquez! exclamó el inquisidor con extrema alegría; ¡bravo Enriquez! ¿como lo has descubierto?

— Señor, respondió el familiar, inclinándose de un modo grotesco, deme vuestra Eminencia la absolución de este pecado; me he disfrazado de fraile y he confesado á la abadesa.

— ¡Verdadero Dios! dijo Pedro Arbues, he ahí una idea que no me ha venido á la imaginación.

— ¿Vuestra Eminencia me da la absolución? prosiguió Enriquez con una mirada socarrona.

El inquisidor hizo en el aire una grande cruz, y el nuevo gobernador de Sevilla, levantando con orgullo la cabeza, se puso como hombre que comprende toda la importancia de sus servicios.

— ¡Está bien! dijo el inquisidor frotándose las manos; á los dos nos toca ahora, fiera Lucrecia.

— Entremos, prosiguió Enriquez, á instruirme de los detalles del gobierno.

« ¿Como va la herejía? continuó Pedro Arbues paseando.

— Señor, se acerca más y más y de una manera espantosa; los conventos mismos no estan exentos de esa lepra.

— ¡Que diablo! dijo el inquisidor, será preciso ponerlo en órden y reanimar el celo católico tratando como hereéticos á todos los que no denuncian la herejía.

— ¿Quien han preso esta semana?

— Quince ó veinte personas solamente, señor.

— ¿De calidad?

— Así, así, en la mayor parte; des ó tres doctores en teología, que dicen hallar falta en el testo latino de la *Vulgata*, y algunos otros del mismo temple que, llamándose católicos, son celosos admiradores de Martin Lutero.

— Entre estos, dijo Pedro Arbues, los hay que aborrezco de una manera particular; son orgullosos que emplean todo su saber, toda su elocuencia en destruir el poder de la inquisición, Juan de Avila, Luis de Granada, Juan que se ha denominado Juan de Dios, y algunos otros

iluminados que se presentan como apóstoles y caso de necesidad como mártires, para introducir hasta en lo íntimo del corazón de los pueblos profundas raíces de rebelión y de independencia... ¡Pero, por Cristo! se estrellarán como el cristal contra la inquisición...

— ¿Señor, preguntó José, no teneis poder para hacer todas esas voces mudas?

— Sí, contestó Pedro Arbues, estoy cansado de esas predicaciones sin fin que no tienden nada menos que á inspirar al pueblo el deseo y ánimo de la libertad. Esas gentes se hacen sencillos y humildes para ser fuertes, y el pueblo cree en ellos porque se hacen pueblo para hablarle; ¡mas voto á Dios! cada una de sus palabras es un golpe de acha en la silla de S. Pedro y si el vicario de Jesucristo oye los verdaderos intereses de la iglesia, me dejará obrar contra ellos con toda libertad, y quemarles como simples legos, pues que son heréticos de hecho, y que, á pesar de su carácter eclesiástico, se separan de la iglesia romana de corazón y voluntad.

— Señor, dijo friamente José, para hacer perecer el árbol es preciso cortar las raíces; en tanto que quede un solo herético en España, la herejía se reproducirá como las malas plantas de las que es preciso no dejar la menor raicilla en la tierra.

— Ya lo arreglaremos, repuso el inquisidor, y por la Virgen removeremos hasta la tierra que los lleva para destruirles.

— Nada se hace demás por Dios, dijo Enriquez con tono hipócrita; yo he pensado en eso, prosiguió con aire de importancia.

Hablando así, habian llegado á la puerta de la habitación del inquisidor.

— ¿Vienes, José? dijo Pedro Arbues.

— Escusadme, señor, tengo un sermón que preparar para mañana.

— Y después de tu sermón, nos acompañaras al convento de las carmelitas.

— Estoy á las órdenes de vuestra Eminencia, respondió el favorito despidiéndose del inquisidor.

Arbues y el nuevo gobernador de Sevilla entraron solos. José salió.

Quando iba á pasar el umbral de la puerta del palacio inquisitorial, una mujer, vestida de negro de la cabeza á los pies, le salió al encuentro, y juzgando al ver su

hábito de dominico, que debia pertenecer al santo oficio, se adelantó hácia él, las manos juntas y con el acento de un increíble dolor.

— Reverendísimo, exclamó, haced que hable al señor Arbues.

— ¿Quien sois? preguntó José sorprendido, ¿qué teneis que hacer con el inquisidor?

— Quiero pedirle la vida de mi padre, respondió la jóven con exaltación; de mi padre que está inocente, y que acusan de herejía; de mi padre, que era gobernador de Sevilla, y que hoy...

— ¿Dolores? exclamó José considerando con ardiente curiosidad la noble figura de la jóven, medio oculta bajo las blondas negras.

— ¿De donde sabeis mi nombre? dijo temblando.

— Dolores Argoso, prosiguió el dominico con voz dulce y llena de ternura, Dolores Argoso, no te acerques á esa casa; porque en ella está tu deshonor ó la muerte.

— ¿Cómo lo sabeis? preguntó espantada.

El dominico condujo á Dolores, que se dejó guiar sin resistencia.

— Ven, pobre joven, prosiguió el fraile apresurándose a alejar á Dolores del palacio del inquisidor; ven, y si tu quieres permanecer pura, si quieres que tu padre se salve, ocultate; ¡oh! ocultate sobre todo a las miradas de Pedro Arbues.

— ¡Y bien! dijo ella tomando confianza, porque a pesar de su hábito terrible, el dominico tenia en la voz un acento irresistible de afectuosa tristeza; ¡y bien! ¿qué es preciso que haga para salvar á mi padre?

— Ocultarte y dejarme obrar, respondió José. Confíame tu causa, hija mia.

— ¿A vos? dijo ella mirándole con ojos esquivos; porque acababa de acordarse que pertenecia á la inquisición.

— Sí, á mi, respondió con amargura; á mi, que bajo este siniestro hábito, tengo un corazón noble y ardiente.

— ¡Es tan joven! dijo para sí Dolores considerando, á los pálidos resplandores de la noche, la noble figura y manos blancas de José.

« ¡Dios mío! ¿por qué sois dominico!

— Por salvarte acaso, dijo José enternecido; creeme, joven, no trates de sondear los misterios de mi vida; el hábito no es á veces más que la máscara que oculta las heridas del corazón.

— ¡Y vos también! exclamó Dolores, que se sentía arrastrada hacia el joven religioso por un irresistible simpatía.

— No pienses en mí, ocupémonos de ti sola. ¿Que vas á hacer ahora?

— ¡Lo que Dios quiera! dijo.

— ¿Donde te ocultaras?

— Volveré al convento de las carmelitas.

— Guardate bien de ello, dijo José; el inquisidor ha descubierto tu retiro, y mañana debe asegurarse por sí mismo de la verdad del aviso que se le ha dado esta tarde sobre este asunto.

— ¿Como ha podido saberlo? preguntó Dolores; el apóstol no á dicho mi nombre á nadie, ni aún á la abadesa.

— ¡Pobre muchacha! ¿preguntas como la inquisición descubre todos los secretos y todas las conciencias? Todo lo sabe; te lo aseguro, y nada hay para ella inviolable ni aún el sepulcro! (1)

— ¡Oh! ¡Dios mio! ¡Dios míos! exclamó Dolores ocultando su cara entre las manos. Y dió libre curso á las lágrimas que la sofocaban.

— Tranquilízate, tranquilízate, hermana mia, dijo José, sirviéndose de este dulce nombre para inspirar más confianza á la joven, y también porque se sentía arrastrado hacia ella por una comunidad de sufrimientos.

— Es cierto; padre mio, nos es aún permitido el llorar.

— No, dijo José, el ruido de los sollozos irrita al tigre, y su sed de sangre es todavía más ardiente.

— Más bajo, más bajo, padre mio: podrian oírnos.

— Sí, tienes razón, hay al rededor de nosotros un eco delator en cada piedra. ¡Silencio! ¡silencio pues! ¿Más antes dejarme, pobre joven, dime qué va á ser de tí?

— Tranquilízame, tengo un asilo; ¿y vos me prometéis salvar á mi padre?

(1) En 1559, en un acto de fé general que hubo en Valladolid ante el príncipe don Carlos y la princesa Juana, se quemaron los huesos y la estatua de una dama llamada Leonor de Vivero y Cazalla, muerta como buena católica, acusada y convencida, después de su muerte, por declaraciones arrancadas á los testigos por el tormento, de haber facilitado su casa á los luteranos de Valladolid, para entregarse á las ceremonias del culto protestante. Esta dama fué declarada muerta en la herejía, y su memoria condenada.

— ¡Por el alma de lo que he más amado! si tú padre muere, dijo José, es que no habé podido salvarle sacrificandote enteramente; ¿entiendes, Dolores?

— ¡Os creo, dijo ella estrechandole las manos, que cubria de lágrimas, os creo, mas á donde volveros á ver, padre mio!

— Escucha, dijo José: en el extremo de la calle de les Gitanos, en el arrabal de Triana, existe un lugar horrible, inmundo, que se llama la taberna de la Buena ventura.

« Verdadero nido de buitres; en donde el robo, el asesinato, y la estafa se citan todas las noches.

« El aspecto de este lugar es repugnante y lúgubre: allí no oírás más que risas cónicas, ó espantosas maldiciones.

« Este lugar es frecuentado por todo lo que la España encierra de impuro, bandidos, mujeres públicas, gitanos y frailes.

« Y allí, de la boca de los frailes salen también blasfemias y palabras obscenas; la borrachera confunde en un comun embrutecimiento á los que se abrogan el conducirla.

« Allí se elaboran los crímenes vergonzosos, los asesinatos jurídicos, las persecuciones injustas, las delaciones falsas, puñales de dos filos que matan con seguridad, los raptos nocturnos, las muertes y las violaciones, porque en este lupanar inmundo se hallan instrumentos para todos los crímenes.

— ¿A donde vais á parar, padre mio? dijo Dolores espantada.

— ¡Pues bien! prosiguió el fraile, allí es preciso que vayas á buscarme

— Sueño acaso exclamó la pobre joven; ¿que decís padre mio?

— Tu venias á casa del inquisidor esta noche; pues bien, creeme, el lugar de que acabo de hacerte el horrible cuadro es menos peligroso mil veces que el palacio de Pedro Arbues.

Los ojos de José brillaban con un fuego extremo; sus mejillas de ordinario pálidas, se habian vuelto de un encendido cármin, parecía abrasado por una fiebre interior. Dolores le creyó loco.

Mas de repente, dulcificando su voz, de ordinario muy grave, y á la cual la exaltación acababa de dar una vibración fuerte, José miró á Dolores con ternura.

— Vete, pobre joven, dijo, no temas venir á donde José te diga que vayas; ¡yo querria salvarte á costa de mi vida!

« La taberna de la *Buena ventura*, prosiguió, pertenece á un alguacil llamado Coco, valiente y honrado joven que me aprecia, y á su hermana la *Chapa*, una excelente joven que se echaria en el Guadalquivir por servir á cualquiera. Estas buenas gentes son pobres, ganan su vida como pueden, pero puedes fiarte de ellos. Si tu me necesitas, diras solo á Coco ó á su hermana:

« Quisiera ver al padre José.

« Y tú me veras; pero cuidado, no salgas sino de noche y disfrazada.

— No temais, no os comprometeré. Pero, prosiguió, ¿no tengo que temer?

— Nada, dijo José; no sospecharán jamás que frecuentas ese lugar; solo ven disfrazada como una joven del pueblo.

Hablando así, habian llegado frente del puente de Triana; cuando le hubieron atravesado, José se volvió á Dolores.

— ¿Por donde es tu camino? le preguntó.

— Por aqui, dijo ella mostrándole á su derecha la ribera del Guadalquivir.

— Yo, por aqui, contestó José designándole la calle de los Gitanos. Adios, Dolores, descansa en mí; pero acuerdate que no puedes nombrarme sino delante de dos personas, el alguacil Coco y su hermana. Adios, se prudenente.

— Y vos, padre mio, compadeceos de mí, le dijo ella alejándose.

José siguió la calle de los Gitanos.

Dolores á lo largo del Guadalquivir.

Era el camino que conducia á casa del apóstol.

## XII.

### El rastro.

Presa de esa especie de alucinación comun á todos aquellos cuya vida es repentinamente tormentosa, Dolores anduvo en poco tiempo la distancia que la separaba de la casa del apóstol.

Á pesar de la extraña benevolencia que acababa de demostrarle un miembro de la inquisición, no estaba enteramente tranquila; y le retardaba verse bajo la protección de su santo amigo.

Su deseo de volver á ver al apóstol era tanto más violento, cuanto que en su estancia en las carmelitas no le habia visto más de una vez y no habia tenido sino en esta ocasión noticias de Estévan.

Este desgraciado joven, sospechoso á la inquisición á causa de sus ideas amplias y filosóficas, y además, odioso á Pedro Arbues que veia en él un rival favorito; este desgraciado joven no habia debido la vida más que á la intervención de José, quien como se sabe ya, habia destruido, ganando al maestre de la Garduña, las órdenes crueles del inquisidor.

Ignorante del destino de aquel á quien amaba, Dolores sufría temores crueles.

— ¿Está libre todavía? se preguntaba con espanto; y esta horrible incertidumbre aceleraba los latidos de su corazón, y le hacia apresurar el paso para llegar más pronto.

Cuando estuvo cerca de la casa del apóstol, quedó sorprendida de no ver, al través de las estrechas ventanas,

brillar la pálida luz de la lámpara que iluminaba las piadosas vigili-  
as del hombre de Dios.

Sin embargo la puerta del jardín estaba abierta y cedió fácilmente.

Era una especie de tejido hecho de ligeras ramás de palma en un marco de madera.

Dolores fue á llamar á la puerta de la casa, mas esta puerta estaba cerrada y nadie respondió.

— ¡O Dios mio! ¡no está! dijo la pobre muchacha, aterrada de esta nueva degradación.

Llamó de nuevo con más fuerza y pertinacia; fue en vano: la puerta estaba firme y nadie vino á abrir.

Entonces Dolores recorrió el jardín, especie de cerro bastante espacioso á donde crecían árboles frutales coronados de vides trepadoras, patrimonio de los niños y pasajeros fatigados, que venían impunemente á despojar estos hermosos árboles de sus frutos, y estas vides de sus racimos dorados. El apóstol lo había permitido, sin eso la veneración que inspiraba les habría garantido, y la simple barrera de boj de su jardín no hubiese sido jamás franqueada.

Dolores recorrió en vano todos los rincones de este lugar agreste; ¡nadie! Era evidente que el apóstol estaba ausente.

Pero como su morada aislada estaba lejos de toda habitación, ninguno podía decirle lo que había sido de él. ¿Que hacer?

Ella no podía volver á las carmelitas, había demasiado peligro para ella.

¿A cual de sus conocimientos habría osado exponer á la venganza de la inquisición pidiendo un asilo?

¿Y luego, todas las puertas no se cerraban para la hija de un hombre acusado de herejía?

Tenia todavía el recurso de la taberna; pero la pintura que le había hecho José le quitó el valor de buscar en ella un refugio, quiso más bien pasar la noche en el jardín.

Hacia todavía fresco; á pesar de la belleza de la primavera, la proximidad del río hacía el aire un poco húmedo.

Dolores no tenía otra ropa que un vestido de seda negro y una mantilla de encaje.

Los árboles estaban cubiertos de hojas y de flores; una hierba espesa cubría sus piés. Dolores se agazapó

contra una enorme banana; tendió sus largos cabellos sobre sus hombros como una capa; enrolló la mantilla al rededor de la cabeza, y levantando hácia al cielo sus ojos suplicantes, se sentió en la hierba fresca y mullida.

Ella esperaba que el apóstol no tardaría en entrar.

Pero las horas corrían, despierta por la inquietud. Dolores sufría la frescura de la noche; por momentos, pasos se dejaban sentir en el camino, entonces levantaba la cabeza para mirar á esta parte, esperando ver llegar al que buscaba, pero el pasajero se alejaba, y Dolores volvía á caer en su abatimiento.

Hácia la mañana, abatida de dolor y de cansancio, se durmió. Al dormirse tenía frío; pronto, le parecía que un calor dulce reanimaba sus miembros hiertos; soñó estaba en un palacio encantado.

Dispertada por los sufrimientos de este sueño, Dolores abrió los ojos.

El sol, ardiente y luminoso, había subido lentamente en el cielo, y hería con sus rayos el rostro de la joven.

Había dormido largo tiempo; eran las diez de la mañana.

Atónita, recorrió con sus ojos el espacio como para reunir sus ideas, interrumpidas por el sueño, y los sucesos de la víspera presentándose á su imaginación, se apoderó de ella el temor.

Dolores era fuerte de corazón y de alma; pero era demasiado joven, poco habituada á las vicisitudes sin cesar renacientes de una existencia abatida; sabía muy poco de mundo para hacer espontáneamente frente á las desgracias que acababan de abrumarla de improviso; había en su valor mas resignación que energía; no era verdaderamente fuerte sino al frente de un gran peligro. Para los dolores ordinarios de la existencia, no tenía más que lágrimas, la energía no venía sino después de la reflexión; Dolores tenía el espíritu justo y elevado, y se fortificaba con los raciocinios.

Dolores permaneció algunos momentos abrumada por el peso de esta nueva desgracia.

Volvió sus miradas hácia la casa... todo estaba todavía en el mismo estado que la víspera; las ventanas estaban cerradas y un silencio sepulcral reinaba en ella. Para asegurarse más, Dolores arregló sus vestidos, ató sus magníficos cabellos, que la habían abrigado, dejó caer la mantilla sobre la cara y fue nuevamente á llamar á la puerta del apóstol.

Pero en vano: el apóstol no había venido.

Dolores estaba sola, abandonada, sin asilo, sin pan, y no se atrevía á aventurarse de día en las calles de Sevilla temiendo ser reconocida y arrestada.

Sin embargo, estaba bien decidida á ir á la taberna, este era su último recurso, se abandonó pues á la Providencia.

Mas para no exponerse á ser sorprendida por los esbirros de la inquisición, resolvió esperar la noche para arriesgarse á ir á la ciudad.

El jardín del apóstol estaba en algunos lugares, plantado de altas cañas de azucar, árboles de América, que crecen tan vigorosos y tan bellos bajo el sol caliente de Andalucía, entrelazaban su sombría verdura con las ramas de la vid apenas cubierta de hojas nacientes.

Dolores eligió un abrigo en el cuadro de cañas de azucar, decidida á pasar así este largo día.

Esperó hasta la tarde, devorada de inquietud, abrumada de fatiga y de necesidad; no había comido nada desde la vispera.

Quebró entre los dientes algunos trozos de caña de azucar, y cogió entre sus manos agua limpia del Guadalquivir para apagar la sed que le devoraba, pero era muy poco para reparar sus fuerzas. Sin embargo, se creyó feliz, en su abandono, de este socorro debido solo á la Providencia.

Durante este largo y mortal día, muchas gentes pasaron por el camino! algunos niños entraron en el jardín del apóstol para coger mariposas; estos fueron los únicos incidentes que turbaron á la pobre abandonada. Se mantuvo bien oculta entre las ramas y nadie sospechó que la brillante Dolores Argoso, la hija de uno de los más ricos señores de la España, estaba allí como una mendiga, obligada á dormir sobre la tierra sin tener alimento ni abrigo.

En fin, el sol descendió al horizonte; era la hora en que por lo comun todo el mundo en España duerme la siesta. Dolores creyó que podia sin temor salir de su escondite.

José le había recomendado que no saliese sino disfrazada; era preciso pues pensar desde luego en procurarse un traje.

Dolores no tenia dinero; pero su vestido de seda era de una magnífica tela, y su mantilla del más fino encaje.

Determinó pues ir al *rastro* (1) para cambiarlas. Allí solo podía, sin dinero, procurarse un disfraz conveniente.

Salió del jardín, se cubrió el rostro, y tomó el camino que había llevado la vispera; porque el *rastro* se hallaba en el barrio de Triana.

Al extremo de la *calle de Gitanos* existia entonces una plaza irregular, á la cual venian á salir una porción de callejuelas sucias y oscuras en donde estaban los mataderos de la ciudad. A un lado de esta plaza, en barracas de madera colocadas al uno y otro lado cómo casas estaban los vendedores de los despojos de animales. En la parte exterior de estas barracas se veian colgados en ganchos de hierro (*garabatos*), hígados de buey, vaca, carnero y cerdo; corazones y riñones de los mismos animales, cabezas sangrientas y craneos del todo abiertos. Luego, en inmensas cubetas de agua sucia, nadaban las cabezas, las manos, las tripas, amontonadas en desórden. Todas estas carnes desagradables y horribles que desprecian los ricos, eran destinadas para alimento del pueblo bajo de Sevilla.

Considerese, si es posible, el olor que exalaria este lugar inmundo, al cual venia á juntarse el todavía más desagradable de los mataderos.

Después, por tierra sobre el empedrado de la plaza, figuraos una multitud de mujeres mal vestidas, colocadas simétricamente en fila, cada una teniendo delante de sí una inmensa porción de arapos que la servian de muestra. Oh! si amais los contrastes, seguramente, no podeis hacer cosa mejor que visitar el *rastro* de Sevilla, allí hoy todavía, hallareis de todo, desde el guñapo que sirve para hacer hilas, hasta la capa de lujo de la duquesa; desde la taza de madera en que come el gitano, hasta la Virgen de plata ante la cual se arrodillaba. A veces, esta Virgen estaba cubierta con un sombrero viejo de hombre, destinado cómo ella á ser vendido.

(1) El *rastro*. En su lengua tan imitativa y tan rica de imágenes, los españoles llaman *rastro* al lugar donde se reúnen, para ser vendidos, todos los objetos viejos y robados. En cada ciudad de España, una plaza publica está dedicada á este comercio; esta plaza es bastante semejante, por las costumbres, los usos y la fisonomía, al *Temple* de Paris. Desde que un español nota que le falta un objeto y sospecha que le ha sido robado, lo dice al juez de su cuartel, que después de haber tomado les señas del objeto, envía un alguacil á este mercado diciendole: *signa el rastrero*. Las descripciones de este lugar, tal como la dió el autor, es perfectamente exacta.

Más allá, un rosario de cuentas de coral está colgado en una parrilla todavía llena de grasa y de hollín; un magnífico servicio de plata sobre dorada, se presenta al lado de un vaso de barro; una mantilla está á veces suspendida de una escoba; en otras ocasiones, está un Cristo acompañado de un soberbio par de pistolas que cuelgan de los brazos de la cruz. En fin, el *rastro*, era un cafarmaun increíble á donde venían á parar las miserias, desde la del grande de España demasiado pródigo de sus rentas, hasta la del último infeliz cuyo sudor era absorbido por la rapacidad de los frailes; era una reunión confusa de cosas disparatadas ó heterogeneas.

Y no hay que admirarse de esta mezcla ridícula de riquezas y miseria; las revendedoras del *rastro* no son como las del Temple de París, ellas no venden por su cuenta, venden para todo el mundo, y son buenamente corredoras de confianza.

La iglesia les confía su Virgen para vender, y comprar una más bella; la gran señora sus joyas para pagar deudas, ó todavía peor, la cortesana, sus adornos, de los que se ha cansado al cabo de una hora; y la manola, sus ropas del domingo, que á veces se vé obligada á vender para tener pan.

En la época en que pasaba esto, este comercio era más considerable que hoy, á causa de los numerosos despojos de los condenados por la inquisición que pertenecían á sus delatores y que estos hacían vender.

Cuando Dolores llegó á la plaza del *rastro* retrocedió de disgusto, retenida por el excesivo olor de este lugar; pero bien pronto haciendo un esfuerzo sobre sí misma, continuó su marcha, y se acercó temblando á una revendedora bastante joven, cuya fisonomía le inspiró más confianza que las otras.

Pero cómo estas mujeres comprendieron que tenía intención de comprar, la rodearon y armaron un murmullo de palabras capaz de aturdir á un sordo.

Cada cual alababa su género con gestos más ó menos expresivos y una charla capaz de fascinar á un hechicero.

— Señorita, decía una, compradme este hermoso collar de perlas finas, ha sido de la princesa Juana, hija de la reina Isabel, fué vendido á su muerte por una de sus damas de honor á quien se lo había dado.

— Mirad, decía otra, este rosario de esmalte adornado con una cruz de rubis; las glorias son de esmeraldas;

ha sido vendido por nuestro santo padre el Papa. Se ganan cien días de indulgencias cada vez que se reza.

— Compradme esto, decía una tercera presentándole piezas de encajes de Flandes, cuyo tejido delicado estaba cubierto de arabescos bordados.

— Señora, este anillo bendito que preserva de los maleficios.

Á pesar de su dolor, Dolores se sonrió ligeramente; no participaba de las supersticiones de su tiempo, ni creía en los maleficios.

Felizmente para ella, su sonrisa fue tan imperceptible, que nadie la observó; no sé si á no ser así hubiera corrido algun peligro.

— Veamos, dijo la primera corredora á quien Dolores se había acercado; no quereis nada de todo esto, ¿no es eso señorita? Tomad, compradme esta bella imagen de la Virgen; ella os hará feliz, me la ha dado un santo hombre; al que nosotros llamamos el apóstol: tenía necesidad de dinero para socorrer á un desgraciado; en ruano á él, jamás necesita nada; así le he adelantado el dinero al momento sin esperar á venderla.

— ¡El apóstol! exclamó Dolores; ¿conoceis al apóstol, buena mujer?

— ¡Santa Maria! dijo la corredora, ¡quien no le conoce en Sevilla! ¿No es el que nos consuela y dá pan á nuestros hijos?

— ¿Sabeis á donde está en este momento? prosiguió Dolores.

— No, dijole la corredora, es como Dios, invisible: pero se le halla siempre cuando se le necesita.

Perdida la esperanza que habia concebido un momento antes de saber á donde estaba su protector, Dolores pensó en hacer su cambio lo más pronto posible.

— Yo no quiero comprar vuestra Virgen, dijo con temor, no tendria con que pagarla; pero necesito un traje completo de manola, y si quereis darmele por el mio....

— ¡Por el vuestro! señorita, dijo la corredora reviendo á Dolores con una verdadera mirada de revendedora que aprecia al primer golpe de vista el valor de un traje.

— ¡Por vuestra mantilla tambien! continuó la vendedora examinando el fino encaje que cubria los hermosos cabellos de la joven.

— Cierto, dijo Dolores, me dareis una de tafetán.

Los ojos de la revendedora brillaron de codicia.

Palpó la falda de raso de la joven: era, como suele decirse, *como la palma de la mano*, y después de estar bien segura de que el cuerpo y las mangas eran *nuevas*, fué á buscar un vestido de sarga morada y una mantilla negra de tafetán.

Este traje venia justo á Dolores.

— Basta esto, dijo la joven.

— ¿Os agrada? preguntó la corredora.

— Sí, creo que me estará bien.

— ¿Está por vos, señorita; cuanto me dareis encima?

Dolores abrió los ojos; y miró á la vendedora con admiración; su vestido valia diez veces más que el que tomaba.

— ¿Sí, cuanto me dais? repitió la corredora.

— Pero si yo no puedo daros nada, dijo la pobre Dolores; os he dicho ya que no tenia dinero.

— ¡Oh! entonces es diferente; si no teneis dinero, pobre muchacha, tomadlo sin émbargo: me debereis el resto. Dios me libre de dar sentimiento á una joven tan linda como vos.

— ¿Y como me he de desnudar?

— Venid, venid, dijo la vendedora, mi casa no está lejos de aquí.

En efecto, en frente de su puesto, la corredora poseia una barraca de madera en donde su marido vendia carne de deshechos. Detrás de la tienda habia una pieza cuadrada con un solo jergon en tierra, y un baul en que la corredora guardaba sus arapos; era su habitación, á donde condujo á Dolores.

Al desnudarla vió en el vestido una pañoleta que le servia de tocado; esta pañoleta era echa de un magnífico punto de Bruselas.

— Señora, dijo la vendedora, pues no teneis dinero para darme en cambio, me contentaré con esta chucheria.

— Tomad, dijo Dolores con un movimiento de disgusto; á bien que eso no estaria bien con mí nuevo traje; pero dadme á lo menos un pañuelo de batista, para que no sienta en mi cuello esta áspera lana.

La vendedora le trajo un pañuelo que no era nuevo, pero cuya blancura era bastante satisfactoria. Dolores se contentó con él á falta de otro mejor.

Quando estuvo vestida, se miró en una lámina pequeña de estaño pulimentado que servia de espejo á la revendedora; quedó contenta de su metamorfosis, su vestido burdo y grosero ocultaba regularmente la elegancia de su talle. Se cubrió con la mantilla y salió.

— No os olvideis de mí, señora, le dijo la vendedora, Pero Dolores no la oyó, se encaminó con rapidez hacia la *calle de los Gitanos*.

XIII.

Un milagro.

Ya nos acordamos de que Enriquez, gobernador de la muy noble ciudad de Sevilla, por la gracia del señor Arzobispo, había señalado sus primeros días de poder con numerosas prisiones.

Algunos hombres muy notables, sabios y pios doctores en teología, mujeres espirituales, amables, de corazón fuerte, alma enérgica y poderosa, gemían en las prisiones del santo oficio por la simple sospecha de luteranismo.

Alarmado, no por sí, sino por los que amaba, de este rigor de persecuciones, el apóstol había empeñado á Estévan á que se alejase de Sevilla; el mismo deseaba visitar á sus padres. Partieron pues juntos, y se dirigieron á la parte de San Lucas.

Este era el motivo porque Dolores no había hallado á nadie en la casa del franciscano.

Era costumbre de este hombre de Dios hacer de tiempo en tiempo escursiones por los numerosos lugares de Andalucía; allí, su tolerancia, confundiendo todas las sectas y todas las profesiones, acogía igualmente á los judíos, á los cristianos, á los mores y los gitanos; consolaba á los unos, separaba á los otros del mal, los animaba á todos, y derramaba sobre ellos igualmente los dones de su inagotable caridad (1).

(1) Algunos frailes piadosos de aquel tiempo recorrían la España, pidiendo á los ricos, dando á los pobres, predicando á todos las santas doctrinas del Evangelio y consolando todos los dolores. Esta conducta verdaderamente apostólica, estaba en contradicción con la de los monacales y los inquisidores; así los monacales y la inquisición perseguían con encarnizamiento a estos frailes caritativos.

En toda la Andalucía, el nombre del apóstol era un talisman mágico; bastaba pronunciarlo para ver al momento todas las bocas sonreírse, y todos los ojos levantarse al cielo con una expresión de reconocimiento.

Así, cuando de un lugar á otro, la noticia se divulgaba de que estaba de vuelta, habriais visto, á lo largo del camino, mujeres escalonadas teniendo sus hijos en brazos. Esperaban el paso del *santo*, para ser de las primeras en recibir su bendición; cuando había podido tocar al extremo de su hábito, se creían resguardadas de todos los males.

Por más que el apóstol les decía con dulce autoridad:

— No es á mí á quien es preciso rendir homenaje, no soy más que un poco de polvo como vos; á Dios que está arriba y os habla por mí voz es á quien se debe.

El pueblo, siempre un poco pagano en sus adoraciones, hallaba mucho más sencillo prosternarse ante este hombre que le colmaba de bienes y que veía, que ante Dios que no veía.

— Hijo mio, decía el apóstol á Estévan, admirado de la dulzura y docilidad de estos hombres groseros que se volvían corderos desde que el *santo* les había hablado, ved cuan fácil sería hacer á los hombres probos y pios, si en lugar de embrutecerles con el terror y agriarles con los tormentos, se les dispusiese, á fuerza de beneficios y dulzura, á creer en Dios y en su providencia del cual se fuese la ímágen viva. En lugar de esto, se les llena el cerebro de supersticiones; se les atormenta tanto y se les hace tan poco bien, que no creen ya más que en los demonios y en el infierno del que se les da una prueba en la tierra. Privados de felicidad, de consuelo y de esperanza, llegan á ser á la vez fanáticos, débiles y crueles.

— ¿Como puede ser de otra manera? respondió Estévan; estos hombres no poseen nada, los frailes han invadido todo (1), y cada día la inquisición quita á estos desgraciados el único bien que les resta, la libertad de conciencia. ¡Sería tan fácil sin embargo hacer feliz á este pueblo, tan ardiente y poeta!

(1) En el décimo tercio siglo, los frailes y miembros del clero formaban una centésima parte de la población de España, que era entonces de treinta millones de almas; los empleados del gobierno, comprendidas las tropas, subían á un millon; se podían contar dos millones poco más ó menos de grandes y pequeños propietarios; todo

— Todavía más que eso, dijo el apóstol, es inteligente y valiente, su espíritu es una singular mezcla de alegría, delicadeza y buen sentido natural que le hace fácil toda meditación seria. Este pueblo es capaz de comprender la vida en su objeto más amplio y más elevado, la fraternidad universal. ¡Pues bien! ¡de esos hombres naturalmente valientes, leales y afectuosos, se ha hecho de ellos unos cobardes é hipócritas, peor todavía, denunciadores! ¡yo mismo, si, yo no debo mi seguridad más que al hábito que llevo. Lego, les habria hecho el mismo bien, les habria predicado la misma moral; me habrian mirado como un herético ó un iluminado, y habria pagado con mi vida mi celo per su felicidad y la verdad: ¿pero soy sacerdote, soy fraile, y un fraile puede equivocarse?

— ¡Cuidado, padre mio! respondió Estévan con una sonrisa amarga, el señor Alfonso Manrique y el señor Arbues podrian no respetar á vuestro hábito, como el gran inquisidor Torquemada, de odiosa memoria, no respetó la dignidad episcopal de los obispos de *Calahorra y Segovia*! (1).

— Torquemada era un genio cruel, dijo el apóstol con un suspiro; pero á lo menos á su brutal fanatismo, á su crueldad inexorable, no juntaba la más infame relajación (2). El fanatismo le habia vuelto loco, ¿porqué de otra

lo demas de la población se componia de proletarios y mendigos. Los frailes y el clero poseian solos un buen tercio de la España. (Estatística de BELMONTE y BALDIVIA).

Los frailes y el clero español, gracias á su intolerancia, á su insaciable avaricia, han reducido al pueblo español á once millones. La mercia y la crueldad de los gobernantes habrian bien pronto cambiado la España en un desierto, si Dios no se compadeciese de este desgraciado país.

(1) Estos dos obispos eran hijos de judios bautizados; pero gozaban de la estimación general. El inquisidor Torquemada loz hizo poner en juicio, aunque, según las bulas apostólicas, los obispos no pudiesen ser juzgados por la inquisición. Los dos prelados fueron á Roma para apelar al papa; el soberano pontífice envió el negocio ante otros obispos, cuya decisión fue favorable á los acusados. En recompensa de las persecuciones que habian sufrido, el papa nombró al obispo de Segovia, para la embajada de Nápoles, y al de Calahorra para la de Venecia. El inquisidor no se contuvo. Torquemada halló todavía medio de intentar un nuevo proceso, en el cual logró demostrar que estos obispos habian caído en la herejia, y hacerlos encerrar en un castillo donde murieron después de haber sido despojados de sus bienes y degradados de la dignidad episcopal. LLORENTE, *Historia de la Inquisición*

(2) En todo tiempo los españoles han acusado á los inquisidores y otros empleados del santo oficio de hacer á las mujeres encerradas en la inquisición víctimas de sus vicios. Esta acusación no es injusta como se ha pretendido por los defensores de este horrible tribunal. Después de la revolución de Cordova y la huida del inquisidor Deza,

suerte la crueldad de un hombre podia llegar á tanto? Y después que el grande inquisidor habia pronunciado la sentencia de un infiel, el severo dominico, Tomás de Torquemada, se arrodillaba humildemente ante un crucifijo, se daba el mismo la disciplina, y desgarraba su cuerpo para expiar todas las herejias del reino de Castilla (1).

— ¡O padre mio! ¿dentro de algunos siglos, si la humanidad marcha como debe hacerlo, se creará en todos estos horrores mezclados de tantas locuras?

— Seguramente, hijo mio, pero para llorarlas; los errores de lo pasado seran un ejemplo del porvenir. Llegará un tiempo en que todos los hombres leerán el Evangelio, y entonces todos tendrán derecho de decirse unos á otros:

«Somos hermanos, ¿por qué nos tratais como extraños?

Cuando todos los individuos de una nación conozcan bien el código de las leyes que les rigen, es muy difícil que se perjudiquen los unos á los otros. Mejor, cuando este código es el Evangelio, esa guia del alma, cuando el alma es bien dirigida es raro que las acciones no lo sean. En donde reina la ignorancia, reina también el desórden, la superstición, la locura: azotes que hacen de la tierra un infierno habitado por demonios y condenados.

Entretenidos de esta suerte, el apóstol y su compañero llegaron á un lugarcillo edificado en lo alto de una montaña, de los muchos que se encuentran en España. Casas terreras, en la mayor parte pintadas de rojo y verde, se alargaban tortuosamente en dos filas sobre la cresta de la montaña, formando una calle terminada por una iglesia pequeña cuyo campanario se elevaba en punta más de cuarenta piés sobre la habitación. Cuando la campana de esta iglesia tocaba se diria al ver el conjunto

el sucesor de este, Jimenez Cisneros, queriendo poner un término á los excesos escandalosos cometidos con las mujeres que estaban en las prisiones, decretó que según el consejo de la suprema, que todas las personas ligadas al santo oficio, que se hiciesen culpables de semejantes excesos, serian castigadas con la muerte. Las ocasiones de aplicar esta ley no faltaron en lo sucesivo, sin embargo quedó sin efecto. (LLORENTE, *Historia de la Inquisición*).

(1) El fanatismo de Torquemada igualaba á su crueldad, ó por mejor decir, su crueldad no era más que el resultado de su fanatismo. Todas las veces que se veia obligado á obrar contra algun hereje, el confesor de Fernando de Aragon se preparaba con el ayuno y la penitencia. Esta última consistia en darse disciplina hasta que su carne era desgarrada y su sangre corriese. (Vida de Torquemada por PONCE DE LEON).

de este lugar, que un inmenso boa elevaba su cabeza silbando y disparando hácia el cielo su lengua móvil.

Cuando los dos viajeros llegaron, todo estaba en calma. Era casi de noche; los lugareños de vuelta del campo, se ocupaban en silencio en gozar de su frugal cena. Algunos niños mal vestidos jugaban entre las puertas: de lo interior de las casas salía el agradable perfume del *puchero*, y varios pastores subían lentamente por la falda de la montaña conduciendo sus cabras al cortijo.

El apóstol no había estado más que una ó dos veces en este lugar, y los niños que de ordinario tienen poca memoria, no le conocieron.

Estévan y él atravesaron la mayor parte de la calle, sin que nadie viniese á interrumpir su marcha.

Pero al pasar por delante de una casa baja, cuyo exterior destrozado anunciaba la miseria, y una miseria indolente, se detuvieron simultaneamente, asombrados de una mezcla extraordinaria de voces juvenes, viriles, viejas y cascarrientas, frescas y toscas. Seguramente había mucha gente en esta casa y debía suceder un acaso extraordinario.

Los viajeros escucharon por algunos instantes; de pronto oyeron una voceilla clara que decia con un acento de compasión femenina:

— El pobre Pablo; ¡estaba tan bueno esta mañana!

— Aquí hay alguno que nos necesita, dijo el apóstol, empujando la puerta cerrada, que cedió al momento.

Estévan entró con él.

En una vil barraca en que el día apenas penetraba, y cuyo piso desigual y de tierra estaba cubierto de escombros de toda especie, unos veinte gitanos, hombres y mujeres, niños y juvenes, rodeaban á un hombre vestido con su ropa de domingo y sentado en una silla, en una actitud graciosa.

Este hombre estaba muy pálido y parecia dormido.

El *rancho* entero de los gitanos, presidido por la *abuela*, la reina de estas extrañas corporaciones, rodeaba al gitano, que estaba sentado.

A la llegada del apóstol y su compañero, el círculo no se abrió; pero la abuela, que veneraba mucho al fraile, le hizo traer un banquillo de madera triangular, único asiento que había en el *rancho*. Estévan permaneció en pie.

— ¿Que significa esto, padre mio? preguntó el apóstol

— Este hombre está muerto, y hacen la ceremonia fúnebre; mirad.

Un gitano se adelantó hácia el muerto, y le colocó un bandolín en las manos. Luego en alta voz y sin reparo, se acusó de todos los crímenes que había cometido desde la muerte del último hermano fallecido en el *rancho*.

Después que hubo acabado esta singular confesión, el gitano interpeló al muerto:

— Toca, le dijo, y si he obrado mal, tu música me vuelva sordo; si he hecho bien, no chistes, y me creeré absuelto.

Como se puede juzgar, el muerto se guardó bien de obedecer á las primeras de estas interpelaciones, y el gitano se retiró, tan ligero de conciencia como un usurero que acaba de recibir la absolucíon bajo promesa de restituir lo que ha robado.

— ¡Que barbarie! dijo en voz baja Estévan.

— Esperad, hijo mio, dijo el apóstol, eso no es nada.

En efecto, cada uno de los miembros del *rancho* hizo á su vez su confesión y la reunión completa quedó plenamente segura de la enormidad de sus crímenes; el difunto los había absuelto, se creían todos inocentes como tortolillas.

La habitación acababa de ser iluminada con hachones de resina; el apóstol que tenia para el tiempo en que vivia profundos conocimientos en medicina, pero que tenia sobre todo ese don de segunda vista, privilegio exclusivo de algunos hombres de ingenio, el apóstol examinaba con atención al muerto.

— Este hombre tiene los remos muy flexibles, dijo muy bajo á Estévan, y su tez no á sufrido la menor alteración; solamente está muy pálido.

— Es cierto, contestó Estévan, que se paró á examinarle tambien.

Pero muy luego no les fué posible dedicarse á estas observaciones filosóficas; una joven se puso á bailar delante del muerto un fandango lascivo y animado; poco á poco, todos los miembros del rancho se pusieron tambien á bailar uno tras otro; la reunión así en movimiento se cogieron las manos y formaron rueda al rededor del muerto.

Comenzaron por moverse lentamente y en cadencia, como si hubiesen querido ponerse al paso y familiarizarse con el compas; luego el baile fué más rapido, se agarraron unos á otros dando vueltas; y animandose así por

*Misterios de la inquisición.*

grados, acabaron por darlas precipitadas, de modo que parecían una legión de demonios conducidos por el espacio, por un poder invisible.

De pronto, esta multitud furiosa se detuvo dando un gran gritos; el muerto había sido derribado de su asiento, y caído en medio del círculo formado á su alrededor, sobre una joven que, menos ligera que las otras, había preso su mantilla con los botones de metal de la chupa del muerto. La gitana retrocedió con un movimiento de horror, y el muerto fué á dar con la cara en tierra.

— ¡Jésus! exclamó la abuela, que desgracia, ¡pobre Marica! que Pablos ha caído sobre tí.

— Sí, dijeron los otros, grandes males la esperan, y acaso la muerte, á menos qué no quiera pasar la noche junto á Pablo.

— ¡Yo, pasar la noche con un muerto! exclamó la gitana espantada; ¡yo pasar la noche con Pablo para ver todos los diablos del infierno venir á bailar delante de él y llevarle!

— Yo quedaré contigo, pobre Mariquita, dijo un joven que miraba con afecto á la gitana; más entonces eso no te serviría para nada.

— ¡Oh! yo tengo mucho miedo, dijo la gitanilla llorando; quiero más morir si Pablo lo desea.

Mientras que los gitanos debatían esta gran cuestión, el apóstol se había dirigido hácia el muerto, y bajándose para levantarle, había percibido que al caer, Pablo se había hecho en la cara una ligera herida y que esta herida vertía sangre.

— ¡Silencio, hijos! exclamó con voz fuerte, este hombre no está muerto, escuchad.

Los gritos cesaron como por encanto, y todos los gitanos permanecieron quietos en su puesto con admiración estúpida. Habían bailado sin temor, temían á un hombre que resuscitaba.

Ayudado de Estévan, el apóstol sentó á Pablo en el banco, y sacando de su bolsillo un frasquito que no dejaba jamás, hizo respirar sales al muerto mientras Estévan le frotaba las manos para restablecerle el calor y la vida.

Al cabo de algunos minutos, el gitano abrió los ojos; la cara tomó el color: la reacción amenazaba terminar por un ataque de apoplejía.

El fraile entonces excitó la herida del gitano para ha-

cerla sangrar, mandó á Estévan darle fricciones fuertes en los miembros inferiores.

Muy pronto el enfermo respiró libremente, abrió con lentitud los ojos y recorrió con su vista todo lo que le rodeaba con una admiración estúpida.

Se había salvado.

No tenía otra cosa que un deliquio seguido de letargía ocasionado por un exceso de embriaguez.

Pero viendo vivo al de quien acababan de celebrar los funerales, los gitanos se pusieron de rodillas, y los muy jóvenes salieron corriendo por la calle, gritando que el santo había hecho un milagro.

El mismo resuscitado, todavía débil y pudiendo apenas sostenerse, besó la mano al apóstol diciéndoles:

— Yo estaba muerto, y vos me habeis arrancado del lugar de las tinieblas.

— No soy yo, dijo el apóstol, es Dios solo.

— Padre mio, le preguntó Estévan en latin para no ser comprendido, ¿por qué les dejais creer que este hombre era muerto y que ha resuscitado?

— Hijo, contestó el santo, esta gente no está en estado de oír la verdad. Si se tratase de explicarle de una manera natural el fenómeno que acaba de ver, creería que era una magia y nos tomaría por brujos. Dejadle pues su fé sencilla, su único consuelo. Creedme, Estévan; ilustrar la razón de un pueblo, mejorarla por la ciencia, es obra para más de un día, sobre todo cuando ya hace tiempo que sus instintos naturales están extraviados. Fácil es imprimir en una tela blanca, pero en una ya pintada, es preciso antes borrar los colores para ponerse otros nuevos.

— ¿Será preciso que este pueblo permanezca en una eterna ignorancia?

— No, hijo mio, no; dejad infiltrar el agua gota á gota, ella acabará por llenar el vaso.

Sin embargo, á los gritos del milagro que acababa de operarse, los habitantes del lugar habían abandonado sus casas; los mismos niños, á pesar de su apetito, se habían alejado del lugar dónde cocía la olla, por ver, también ellos, el santo que había resuscitado un muerto.

Después de haber dejado algunas ligeras limosnes á los gitanos, y haberles exortado á renunciar al robo y al asesinato, exortaciones que escuchaban siempre con compunción, pero que olvidaban al instante por consecuencia

de su natural salvaje, de sus hábitos arraigados, y por la dificultad que tenían vivir de otra manera, el apóstol salió para ir al lugar á socorrer y dar consuelo á los enfermos y afligidos, suministrando algunas limosnas pecuniarias, beneficio precioso para estos pobres siervos de los monasterios que tenían pan y sopa, pero dinero nunca; así, muchas veces, estas pobres gentes conservaba como reliquia los maravedises que les prodigaba el apóstol; los hacían agujerear hácian de ellos botones con que adornaban sus chalecos de terciopelo.

Los viajeros no tuvieron el trabajo de entrar en las casas, una multitud compacta se precipitó á esperarlos; mas al acercarse al santo se abrió en dos filas para dejar el paso libre. Y el, deteniéndose con cada uno, le preguntaba por su familia, sus necesidades y sus penas; á los que le parecían malos ó afligidos, daba remedios y consuelos; á los, mal vestidos, algun dinero para comprar ropa.

Pero predicaba á todos igualmente la obediencia y la resignación; porque, decia, la murmuración y la irritación del alma nada remedian; no sirve más que para hacer los males más pesados.

El impetuoso Estévan, á pesar de sus doctrinas filosóficas que tendían á una reforma más activa, no podia dejar de admirar la profunda sabiduría del apóstol.

— Así, decia él, deberían ser todos los reformadores, sabios, perseverantes en la acción, pacientes al resultado: sólo así se regenera el pueblo.

El paso del apóstol por esta población entusiasta y oprimida era una escena interesante, un rayo de luz caído en las tinieblas de estas almas sencillas pero ardientes.

— Francisca, decia un joven á su mujer, nuestro hijo será hermoso y fuerte, el apóstol ha mirado y besado su manita.

— La cosecha será buena, decia otro, el apóstol ha venido á visitarnos en la estación en que la espiga empieza a salir.

— El rayo respetará mi casa, repetia otro, el apóstol se ha detenido delante de la puerta.

— Dios os bendecirá, porque sois buenos, les dijo el santo, y sareis felices, porque no hareis mal á nadie.

— Padre, exclamó llorando una joven que llevaba en brazos dos niños gemelos; han puesto á mi marido preso

en el santo oficio, porque era moro convertido, y habia dejado de ir á misa para cuidarme el día que di á luz estos dos niños.

El apóstol levantó sus ojos tristes al cielo.

— Ten paciencia, hija mia, dijo á la pobre mujer, tu marido te será devuelto, ten confianza en Dios que te consolará, y yó, cuidaré de tí, ¿lo oyes?

— Es un verdadero santo, dijo en voz baja una vieja, no tiene miedo á la inquisición.

— Mujer, dijo el apóstol que lo habia oido; los que creen verdaderamente en Dios no temen á nada.

Así terminó este día.

Estévan y su guia aceptaron algunas provisiones con que llenaron sus alforjas, y que hallaron medio de pagar cien veces más; luégo se alejaron en medio de las bendiciones, para ir á pasar la noche á una de esas cabañas de ramaje que los pastores forman en lo alto de las montañas para pasar el invierno con sus rebaños.

— ¡Ah! eres tú, ¡mi pobre Ana! dijo con tono gozoso; ¡quien diría que yo había de tener la felicidad de ver hoy á mi prima!

« Ven, pues, añadió llevándose á Dolores al estrecho y sombrío chiribitil en que cocía el puchero, ven y hablaremos de mi tía y tus hermanos, pobre Anita. ¡Cuanto me alegro de verte!...

Durante este flujo de palabras, la *Chapa* había sustraído á Dolores á las miradas de los que estaban en la taberna, y Dolores, que apenas podía sostenerse, tan conmovida estaba, se sentó en una mala silla de paja que estaba en un rincón.

— Tranquilizaos, señora, le dijo muy bajo la hermana de Coco poniéndose casi de rodillas; tranquilizaos y no temais nada: yo daré mi vida por salvaros.

« Pero, añadió, viendo que Dolores tomaba un poco de valor, fingid hablar conmigo, como si fueseis mi prima, es preciso engañar á los espías.

En este momento un fraile pidió un jarro de vino; la *Chapa* viva y alerta, se apresuró á servirle.

— ¡Pobre prima! dijo á la joven que cenaba al extremo de la mesa, ¡como se alegra de haber venido á verme!

Mas la mujer á quien la *Chapa* se dirigía era la única para quien Dolores no fuese desconocida; esta era la *Culebrina*; y al momento en que la hija del gobernador había entrado en la taberna, la *serena* la había conocido.

*Manofina*, porque tal era el hombre que cenaba á su lado, había tenido menos memoria que ella. Las mujeres solo poseen esta perspicacia de vista rápida como el relámpago.

La *serena* se sonrió dulcemente; pero sin decir nada. Algunos instantes después, *Manofina* quiso retirarse; la *Culebrina* se acercó á la tabernera que se había adelantado hácia la puerta para ver si su hermano venía.

— *Chapa*, le dijo, ten cuidado de tú prima, y si necesitas de mí ó de *Manofina*, sabes adonde nos hallaras.

La *Chapa* miró á la *serena* con admiración.

— Yo conozco á tu prima, añadió muy bajo la joven gitana apoyándose sobre esta palabra prima.

— *Culebrina*, le respondió la *Chapa*, ten cuidado de hablar á lo menos.

— Vamos, dijo la gitana con un gracioso encogimiento de hombros, ¿tienes miedo? ¡una protegida del

#### XIV.

#### Otra vez José.

Volvamos á Dolores, que hémos dejado caminando á la taberna.

Llegada al extremo de la calle de los Gitanos le fue fácil reconocer la muestra de la *Buena ventura*, que estaba escrita con letras gordas en la pared; á pesar de la oscuridad naciente, Dolores no podía engañarse.

Todavía había poca gente, algunos frailes bebían su vaso de vino de Pajarete, y á uno de los extremos de la mesa, un hombre y una mujer bastante mal vestidos comían un pedazo de pan moreno, acompañado de algunas cebollas crudas; tenían delante de sí dos vasos de estaño y un jarro del vino más comun.

Las pequeñas bujías encendidas contra la pared daban una claridad dudosa en la oscuridad de la sala.

La calma que reinaba tranquilizó un poco á la hija del gobernador. Dudó sin embargo algunos minutos porque no veía á la *Chapa*, y no sabía á quien dirigirse; mas la *Chapa* apareció muy luego en la entrada de la cocina. Entonces, Dolores, armandose de valor, empujó la puerta y entró dirigiéndose á la joven tabernera.

Cuando estaba cerca, separó los extremos de su mantilla y la *Chapa* la reconoció al momento.

Mas Dolores había tambien, por su parte, conocido á la joven que había servido de mensajera en el horrible complot de que ella había sido la víctima, y retrocedió con un movimiento de horror.

La *Chapa* la miró entonces, sin hablar, con aire suplicante, y una presencia de espíritu muy andaluza; la cogió con viveza la mano, y demostró querer abrazarla

apóstol! Yo la aprecio tanto como tú... Acuérdate solo de lo que te he dicho, si nos necesita, ve á buscarnos. Adios.

El bravo y su compañera se alejaron.

— Muestranos á tu prima, *Chapa*, dijo un fraile gordo y ventruado que los vapores del vino comenzaban á alegrar, ¿es tan linda como tu?

— ¡Oh! la pobrecita, dejadla tranquila, respondió la *Chapa*, es tímida como un cordero.

— Mas eso no impide de que sea bella.

— La vereis después que haya descansado, contestó la *Chapa* arreglando sus vasijas; ha andado muchas leguas á pié y está muy cansada.

La llegada de una porción de obreros que venian á cenar, puso fin á este coloquio. El fraile continuó bebiendo. La *Chapa*, después de haber servido á todos con una vivacidad y destreza notables, se aprovechó de la ocupación general que sigue siempre al principio de una comida, y del ruido que hacian al comer todas estas mandíbulas ambrientas para hablar en voz baja con la hija del gobernador.

— *Chapa*, le preguntó Dolores algo vuelta en sí de su primera desconfianza, ¿conoces al fraile José?

— ¡Jesús! si le conozco, dijo; es un santo, señora... aunque lleva el hábito de la inquisición, añadió muy bajo. Ha venido ayer, prosiguió la tabernera, y me ha prevenido que si preguntabais por él fuese á buscarle.

— ¡Ah! dijo Dolores respirando con más libertad, no me ha engañado.

— Y á mi, dijo la *Chapa* casi llorando, ¿me habeis perdonado á lo menos?

— Sí, respondió Dolores, te perdono aunque me has hecho mucho mal.

— ¡Oh! ignoraba lo que hacía, obedecia, he ahí todo; ¡si supieseis todo lo que es preciso hacer para conservar la vida!

— ¡Pobre joven! vé, te llaman, no te ocupes de mí; sirve á tus parroquianos para que no se hagan cargo.

La *Chapa* volvió á la sala, y sirvió á cada uno lo que pedia; luego vino otra vez junto á Dolores.

La hija del gobernador estaba excesivamente pálida, no habia tomado nada en todo el día.

— Dame alguna cosa, dijo á la tabernera, me muero de necesidad.

— ¡Jesús! replicó la *Chapa*, ¿por qué no lo dijisteis más antes, señora?

Al mismo tempo le sirvió una jícara de chocolate que tenia siempre preparado, en caso que un fraile quisiese refrescar al pasar.

Dolores apenas habia terminado esta ligera colación. cuando un ruido extraordinario se sintió en la sala en que comian; alargó un poco la cabeza.

Todo el mundo se habia levantado por un movimiento espontáneo de respetuosa deferencia; el favorito del inquisidor acababa de entrar en la taberna. Los mismos hijos de S. Francisco no tenian recelo de dar al joven dominico este público testimonio de sumisión y respeto.

José pasó orgulloso y altivo por medio de estas gentes inclinadas, y su labio inferior se alargó con desden; su semblante expresaba el más profundo desprecio.

Se dirigió á la cocina. Dolores levantó hácia él su bello rostro cubierto de tristeza y angustia.

— ¿Aqui ya? dijo José al reconocerla.

— ¡Ya! respondió con dulzura; esa expression, padre mio, parece una reconvención. ¿Os arrepentireis ya tambien de la proteccion que me habeis concedido?

— No ciertamente, pobre joven, dijo el fraile; lo que he prometido, lo cumpliré con placer; pero no os admireis de mí sorpresa, ¿no me habiais dicho ayer que teniais un asilo?

— Lo creia asi, padre mio, pero soy maldita como Cain; el que yo iba á buscar ha marchado, muerto acaso; he pasado la noche entre las cañas, y esta tarde, con gran trabajo me he proporcionado este humilde traje para no ser conocida.

— Y habeis obrado con prudencia, hija mia; más que nunca estais expuesta, pero yo lo evitaré, y nadie, lo espero, añadió sonriendose con amargura, nadie sospechará que el dominico José ha dado asilo á una mujer perseguida por la inquisición.

— Padre mio, dijo Dolores un poco inquieta, porque la sucedian de un tiempo á aquella parte cosas tan extraordinarias, que le era permitido el dudar; padre mio, ¿adonde pues vais á conducirme?

— ¿Desconfias de mí, Dolores? le preguntó José fijando en ella sus ojos llenos de fuego y de franqueza.

— ¡Oh! perdonadme, dijo ella cruzando las manos; pero cada paso que doy me conduce á un abismo, ¡y sin

embargo!... ¡Oh! ¡os creo! ¡os creo! exclamó, si quisierais venderme, no me mirariais así.

— Pobre inocente joven, no tienes otra garantía de mi buena fé que la franqueza de mis miradas? ¿sabes si seré de los que ocultan un corazón de tigre bajo el semblante de un angel? ¿No hay nada más, ni un presentimiento secreto que te diga que tu causa es la mia, y que te defenderé como si fueses mi propia hermana y que unas mismas entrañas nos hubiesen llevado?

— Haced de mi lo que queráis, dijo la hija del gobernador, poniéndose casi de rodillas ante este hombre extraordinario.

Dos lágrimas amargas, corrosivas, de esas lágrimas largo tiempo retenidas, que brotan una vez u otra, y á pesar suyo, del corazón más enérgico, corrieron lentamente, de los largos párpados de José, por sus mejillas pálidas y algo descarnadas.

— ¡Llorais, padre mio! dijo la joven enternecida; ¡oh! vos tampoco deberiais haber nacido en este siglo de hierro.

— Dios, respondió José, nos echa en este mundo cuando quiere y para lo que quiere, para perseguir ó sufrir; y de el que sufre hace á veces el instrumento de su eterna venganza. He ahí acaso por que tú y yo vivimos en este siglo, Dolores.

— ¡Dios mio! dijo ella, vuestra tristeza me espanta, y sin embargo tengo fé en vos, é iré adonde vos querrais conducirme.... Y luego, añadió con un poco de duda, tendré todavía otra cosa que pedir.

— Habla, dijo José que casi la adivinaba.

— Yo era la prometida de don Estévan de Vargas.

— Lo sé, respondió José reprimiendo un doloroso suspiro; está tranquila, don Estévan está seguro.

— ¿Lo habeis salvado tambien?

— No, no soy yo quien le ha salvado, es siempre la justicia eterna; Dios es el señor que manda, yo no soy más que la mano que obedece.

— ¡O padre mio! bendito seais por haberme conservado á mi Estévan.

Todo esto se pasaba á medio voz en la cocina de la taberna; la *Chapa* iba y venia, distribuyendo á su vez á los convidados manjares ó vino, trozos de atun frito, sardinas frescas, y pan que excedia en blancura al mejor de España; y tal era el respeto por la santa inquisición

en general y los inquisidores en particular, que nadie pensó en sospechar el menor inconveniente en este largo entretenimiento del joven fraile con la prima de la *Chapa*.

Durante esto, Coco entró en la taberna.

José le llamó aparte.

— Coco, dijo, mientras que tu hermana está ocupada, sigueme con esta joven hasta la salida de la ciudad.

— Haré lo que me manda vuestra beatitud, respondió José, la joven saldrá por la puerta falsa.

Habia en efecto en esta especie de cocina una puerta que comunicaba con otra sala baja, un cuartito en que dormia el alguacil y que daba á una callejuela sin salida.

El dominico salió de la taberna siempre acompañado de los saludos respetuosos de la noble reunión. Coco se reunió con él en la calle á los pocos minutos.

Dieron juntos la vuelta á la casa, y volvieron á entrar por la callejuela. Dolores estaba pronta á salir, se despidió de la *Chapa*, y siguió á José que la servia de guia, porque el alguacil ignoraba el lugar á donde iba á conducirla.

— ¿No tendreis miedo á lo menos? dijo José estrechando la mano trémula de Dolores Argoso.

— Ya lo veis, dijo ella, apoyandose en su brazo con una noble confianza.

Salieron todos tres de la taberna, y nadie se apercibió de ello.

dinario es la de las andaluzas, había blanqueado todavía más á la sombra del claustro; y sus ojos, de un castaño oscuro, brillaban como el metal bajo dos largas cejas negras como el azabache. Sin embargo, la fisonomía de la abadesa no tenía otro tipo distintivo que un orgullo de raza y una grande disposición á la sensualidad: pasión visiblemente indicada por dos labios carmin, voluptuosos, sembrados de un ligero bozo casi tan negro como el de las cejas, aunque de una finura extremada.

Pero la pasión dominante de la abadesa era el orgullo; tendía sobre todo á las prerogativas del rango; su afecto era enteramente para las que sabían mejor adular su vanidad aristocrática, quería ser reina aún en el claustro.

Al lado de ella, en sillas más bajas, sus favoritas se ocupaban en coser y bordar acericos, obra predilecta de las religiosas. Algunas otras, por más humildad, se habían sentado en los últimos escalones del trono, casi bajo los pies de la abadesa: adulación muda y sagaz: la comunidad conocía el lado flaco de la superiora.

Un gran suceso ocupaba en este momento la piadosa ociosidad de las santas vírgenes: la desaparición de Dolores.

— ¡Clara, decía la abadesa á una joven religiosa sentada á su lado, sabeis por qué esa joven á huido del convento, tratandola yo como mi propia hermana?

— No, en verdad, madre, respondió la carmelita, á menos que no la hubiesen encerrado aquí para sustraerla de un amor mundano al cual ella tendrá inclinación.

— Ella era de una modestia ejemplar, dijo la abadesa, y á pesar de sus maneras un poco altivas y reservadas, tenía un carácter adorable. Yo había creído en verdad que podía atraerla á nuestra humilde sociedad, y esta esperanza era tanto más fundada cuanto que había sido traído por un santo, el religioso más puro de España.

— ¡Que lastima que vaya á perderse en el mundo! dijo una novicia cuyos ojos vivos estaban muy lejos de expresar la calma perfecta de los sentidos y del alma; será ella más feliz que entre nosotras!

— Hija mía, respondió Francisca de Lerma, bendicid á Dios que, arrancandoos del mismo peligro, os permite pasar aquí pacíficamente vuestra vida.

La joven novicia contuvo un suspiro esforzándose en dar á su semblante la expresión del contento. Sin embargo

## XV.

### La abadesa de las carmelitas.

En tanto que pasaba en la taberna de la Buena ventura esta escena de un mediano interés, pero necesaria al desenlace de nuestra historia, un incidente de otro género tenía lugar en la abadía de las carmelitas.

La abadesa, descendiente de una de las primeras casas, la de los duques de Lerma (1), y que esta consideración había hecho elegir á pesar de su juventud, dominaba en este convento en medio de sus favoritas; reinaba, es más propio, porque esta humilde hija de S. Francisco ocupaba un ancho sillón de terciopelo elevado sobre unas gradas y cubiertas de un dosel de fleco de oro.

A su lado estaba el baculo, ó baston pastoral, insignia de su dignidad abacial. De su cintura caía, sobre un sayal de tela burda, un largo rosario de feligrana y de esmeraldas, del cual cada *Gloria Patri* era representado por una perla de Oriente del grueso de una avellana; en fin, en su pecho brillaba una grande cruz de oro marizo, y cada movimiento de su mano blanca y delicada hacía relumbrar, su enorme piedra del anillo abacial, formado de un solo diamante de las más hermosas aguas: un diamante sin precio traído de las minas de Golconda ó de Visapour.

La abadesa tenía veinte y cuatro años. Era mujer de una estatura mediana, que parecía más alta por lo orgullosa que alzaba los hombros, su bella cabeza se elevaba recta y firme sobre un cuello el más gracioso del mundo. Su tez, de una palidez sonrosada, más blanca que de or-

(1) Francisca de Lerma no es un personaje histórico, sino solamente un tipo, una personificación de las abadesas de aquel tiempo.

habría preferido á las tantas delicias del claustro la independencia y la alegre libertad de la vida mundana.

— Convenid, madre, prosiguió extendiendo sobre sus rodillas una hancha tira de *moaré* blanco sembrada de flores de una delicadeza infinita, que acababa de bordar, convenid que esto es un hermoso frontal, y que ni un convento de Sevilla podrá lisonjearse de tenerle igual.

— Admirable, en verdad, respondió la abadesa; adornará lindamente nuestra capilla el día de vuestra profesión, hija mia. ¿Mas qué habeis puesto ahí, Catalina? prosiguió dirigiéndose á una muy joven religiosa que ojeaba bajo del velo un libro malamente impreso, adornado con láminas todavía peores que el testo.

La monja se avergonzó ligeramente, y ocultó el libro en el bolsillo.

— Mostrádmelo, dijo severamente la abadesa.

— Dad ese libro, hermana, repitieron las otras cuya curiosidad estaba vivamente excitada.

Catalina era un poco mal mirada por la abadesa á causa de su carácter amable, pero sobre todo por su riqueza y alta posición de su familia; Catalina entregó el libro con un aire de disgusto, y sus compañeras leyeron en la cubierta estas palabras impresas en letras gruesas: *La Biblia*.

Era una *Biblia* protestante traducida en español é impresa en Holanda.

— Es un libro devoto, dijo Clara; merecía bien el hacer tanto misterio de él.

— Sí, pero es una *Biblia* luterana, contestó la abadesa menos ignorante y tan curiosa como las otras; ¿de donde os ha venido, Catalina?

— De un hermano de mi madre, señora; la había traído de Londres adonde mandaba un regimiento. Mi tío era muy partidario de la religión reformada; así, cuando mi madre insistió en hacerme entrar religiosa, mi tío, que se había siempre opuesto, me dió ese libro diciéndome: «Sobrina, no estarás siempre encerrada; cuando la reforma del gran Lutero haya penetrado en España, las monjas serán libres, y podrán casarse como lo han hecho en Alemania.»

— ¡Oh madre! ¡que sacrilegio! exclamaron las monjas, que escuchaban con un interés increíble.

— ¡Silencio, Catalina! dijo Francisca, eso es imprudente decirlo, hija mia.

— ¿Hay mucho de aquí á Alemania? preguntó la ignorante Clara.

— ¡Oh, ciertamente! respondió Catalina, estaremos muertas cuando llegue Lutero.

— ¡Callad, callad! exclamó la impetuosa Francisca, cuyo corazón palpitaba violentemente al solo pensamiento de libertad, tan ardiente y viva era esta mujer, tan poco hecha para la abnegación y la indolencia claustral, que había buscado un alimento á su increíble energía en el ejercicio del despotismo monástico.

— ¡Oh! dijo para sí, la libertad para nosotras también... Pero seremos muertas antes que llegue, pronunció en voz baja repitiendo las palabras de Catalina.

— Nuestra madre esta pensativa, dijo Clara en voz casi imperceptible.

Un gran campanillazo sonó.

— Clara, dijo la abadesa vuelta de pronto en sí, ved quien es, yo no espero visita á esta hora.

— Que será? murmuró la ociosa reunión, para la cual el más ligero incidente era una grave ocupación; la existencia del convento se pasa en estas fútiles simplezas, en místicas quejas, en exaltaciones vanas, así se gasta el tiempo y la vida.

Clara se había levantado: pero antes que, con su paso lento y grave hubiese atravesado el salón, una hermana tornera levantando una cortina de seda, se adelantó hácia la abadesa, trayendo en las manos una bandeja de plata y en ella una carta.

Clara tomó la bandeja de manos de la tornera, y á pesar de los esfuerzos de las otras religiosas que todas á la vez, habían alargado el brazo para coger la dichosa bandeja, Clara más alta que las otras, la cogió por encima de sus cabezas: llegada al pié del trono, arrodillándose delante de la abadesa, la presentó la bandeja.

La abadesa tomó la carta, rompió el lacre verde, y después de haber leído las primeras líneas, se levantó.

— Hermanas, dijo, vamos á recibir al señor grande inquisidor Arbués, que nos hace la honra de visitarnos.

Á una seña de la abadesa, la tornera salió. Entonces, con su báculo en la mano, Francisca de Lerma bajó, y seguida de sus favoritas se adelantó hasta la puerta exterior del convento para recibir á su Eminencia.

Ya vemos en esto que ella no se había dignado avisar á las demás religiosas. En un gobierno despótico, el estado se compone del rey y sus favoritos.

Llegada á la puerta del claustro, Francisca de Lerma la hizo abrir del todo. Al mismo tiempo, el señor Arbués bajó de su litera; iba solo (no le acompañaban más que sus lacayos), José había fingido estar malo por dispensarse de esta visita.

El lector sabe á donde había ido.

El inquisidor se adelantó hácia las religiosas, y cuando hubo pasado el dintel, la abadesa se arrodilló para recibir su bendición. Todas las monjas la imitaron. Luego, Francisca de Lerma se dirigió al salon que ocupaba antes, y haciendo acercar dos anchos sillones con franjas de oro, hizo sentar al señor Arbués y se sentó ella enfrente de él. La abadesa acostumbraba á conversar así, al menos la igualdad del rango del inquisidor lo exigía. Pero Arbués, muy puntilloso también en la etiqueta, se contentaba con sonreirse de esta sutileza, habria aún sufrido á la abadesa de las carmelitas otras muchas pequeñeces respecto á sus derechos y prerogativas, y hubo un tiempo eu que él se había sentado voluntariamente en el último escalon del trono, tan bien ocupado por la bella Francisca de Lerma.

Pero este día, Pedro Arbués estaba triste y sereno, y con su mirar altivo, miró con aire de disgusto á esta reunión femenina. La abadesa comprendió que había alguna cosa extraordinaria.

— Hermana, dijo en fin el inquisidor, tengo que hablaros á solas; haced, os lo ruego, retirar las religiosas que estan aqui.

La abadesa hizo una seña, y la comitiva desapareció como una bandada de pájaros.

Pedro Arbués fué por si mismo á ver si las puertas estaban bien cerradas, luego volvió a sentarse junto á la abadesa.

— Señora, dijo con tono frio, la última vez que he visitado esta comunidad, os he preguntado si no tenais alguna religiosa ó novicia que yo no hubiese visto todavía; vos me habiais dicho que no, según creo.

— Y eso era la verdad, señor, no había ninguna religiosa que no conociese vuestra Eminencia.

— No, prosiguió Arbués; pero había una mujer que me habeis ocultado.

— Yo no os la he ocultado señor, respondió Francisca de Lerma: no estaba aqui cuando nos habeis hecho el honor de visitarnos, he ahí todo; y como no era reli-

giosa ni novicia, no he creído necesario hablar de ella á vuestra Eminencia.

— ¿Y si fuese precisamente esa mujer la que yo buscaba?

— Eso era lo menos que podía ocurrirme, dijo la abadesa con un poco de ironía.

— Poco de sarcasmo, señora, dijo el inquisidor con rudeza; tenía las pasiones demasiado violentas para contenerse largo tiempo y llegar á su objeto con astucia; esa mujer está aquí y quiero verla.

— Podiais haberme dicho eso más antes, señor: esa mujer, ó por mejor decir esa joven, se ha marchado sin que yo pueda comprender porque se ha ido, porque he tenido con ella todas las consideraciones posibles.

— ¡Marchó! contestó el inquisidor admirado, marchó!... Oh! me engañais, señora. Dolores Argoso está aquí, y me la presentareis al momento, le oís!

— Dolores Argoso? repuso Francisca; no es ese el nombre de la joven que estaba en mi convento, señor; se llamaba solamente María; era un huérfana que me habia sido confiada por un santo predicador, Juan de Avila, llamado en todas partes el apóstol de Andalucía.

— Juan de Avila! dijo el inquisidor con voz amarga; no me admira ya que todo se ponga mal para mí; Juan de Avila pertenece á los carmelitos descalzos; todos esos mendicantes son nuestros enemigos.

— ¿Que os ha echo Juan de Avila, señor? dijo Francisca que por una obstinación mujeril se complacia en irritar la cólera del inquisidor.

— ¡Que me ha hecho, señora! preguntais lo que me hacen, grande inquisidor de la provincia, todos esos frailes predicadores que, en detrimento de Roma, afectan seguir y enseñar el Evangelio mejor que nosotros? Esos humildes orgullosos que hacen al pueblo una religión tan ancha, que le parece la santa inquisición una tiranía, y nuestro celo una crueldad?

— ¿Y qué os importa, señor? dijo la abadesa; ellos tienen la palabra, vos teneis el poder; predicen en desierto; creedme; no os inquieteis tanto por la propagación de su doctrina.

— Mas esa mujer, esa joven, repuso el feroz dominico, haciedla venir, señora, os digo que está aquí y quiero verla.

— ¿Señor? contestó la abadesa con algo de despecho, he dicho á vuestra Eminencia que esa joven habia des-



blanca mano de la abadesa, que la colera había puesto fina como el mármol.

— ¡Pedro, dijo la religiosa cayendo de rodillas pánida y oprimida, por una repentina reacción, Pedro, tengo miedo.... tengo miedo al infierno!...

— ¡Simple, dijo el sacerdote, se tiene miedo al infierno cuando se está en el cielo!

Una nube ofuscó la vista de la abadesa...

Pedro había olvidado á Dolores.

---

## XVI.

### La « melopia. »

Desde que hubo visitado con Estévan los lugares muy pobres de las cercanías de Sevilla, el apóstol se resolvió á suspender su viaje. Estaba inquieto por Dolores y por estar proxima la festividad de Pentecostés, época en la cual se celebraba por lo comun un auto de fé; temia que no llegase el momento en que fuese preciso salvar al desgraciado gobernador de Sevilla. Juan de Avila no lo esperaba, ó intentarlo á lo menos, y consolar á su infeliz hija si sus esfuerzos eran infructuosos.

Estévan participaba de los mismos temores que el apóstol, y los peligros que les esperaban en Sevilla eran un muy debil consideración para estos dos hombres valerosos. Ellos no temian perder su libertad más que porque era util á la salvación de los otros.

Eran solo las seis de la tarde.

Una inmensa población circulaba por las calles; era la hora en que los innumerables monasterios de Sevilla distribuian la *melopia* á los mendigos y vagos de la ciudad. Después que los frailes habian arrebatado todo á estos infelices, bueno era á lo menos que les diesen de comer.

Estéban y el apóstol se hallaban en este momento en frente de un convento de frailes de la merced.

La concurrencia era grande en la calle, porque no faltaban mendigos en Sevilla; y en su ardor por ser el primero servido, cada uno buscaba el medio de abrirse paso á expensas de su compañero.

— Detengamonos un instante, dijo Juan de Avila, espere-  
remos á que estos hambrientos sean servidos.

Retrocedieron algunos pasos y fueron á colocarse contra el muro de modo que viesen todo sin incomodar á nadie.

Poco á poco esta aglomeración de hombres llegó á ser compacta; se oprimian unos á otros, hablando muy alto y muy de prisa; no se veía más que un ruido sordo y confuso de voces discordantes, en que el tono que dominaba más era el de una impaciente cólera; se habria creído ver perros hambrientos esperando su presa.

De pronto, este áspero murmullo se cambió en exclamaciones alegres, vivas y prolongadas; esta masa de hombres oprimidos hasta ahogarse, no parecia hacer más que un cuerpo inmenso con cientos de cabezas dirigidas hacia el mismo objeto por una única voluntad.

La puerta del convento acababa de abrirse.

Dos frailes legos, juvenes y robustos, trahian, con auxilio de un grueso palo pasado por las asas, una enorme caldera de cobre, en que hervia la deseada *melopia*.

Entonces hubierais visto todos estos brazos y todas estas manos agitarse convulsivamente, levantando en el aire la taza de madera destinada á contener la ración.

Gritos roncós, ahullidos feroces, acogieron la aparición de este manjar reparador: se habria dicho que todos estos desgraciados iban á echarse á la vez para devorarle; más en este instante apareció un tercer lego. Este estaba armado de una enorme cuchara, y vestido con un hábito tan grasiento que no se podia ya distinguir la tela ni el color.

— A formar, gritó con una voz de trueno.

Al momento cada uno se colocó murmurando entre dientes; se hubiese creído oír el gruñir de un mastín á quien se arrebatara el hueso.

— Para todos hay, silencio, gritó de nuevo el padre dispensero.

Esta afirmativa hizo callar, como por encanto, á todas estas voces murmuradoras.

La distribución comenzó.

Y como todas las tazas eran del mismo grandor, nadie podia quejarse. Y era la mezcla más inmunda, el deshecho de la mesa de los frailes, restos estropeados y ruidos, cocidos en una agua sucia con un poco de aceite ó restos de tocino. Era preciso ser perro ó gitano para comerla.

Pero ¡el hambre! ¡el hambre! y todas estas gentes tenían hambre.

Tambien era un placer verles comer su porción sin más ceremonia que la que tendríamos en comer un excelente potage; pero era una lástima tambien, para quien

sabia el fondo de las cosas, ver este pobre pueblo español reducido así á la más degradante de todas las miserias.

— ¡Que guiso tan extraño! dijo Estévan, que en vano buscaba los elementos de este pisto de todos colores que no tenia ninguna forma distinta, y que exalaba un olor nauseabundo de grasa quemada y aceite rancio.

— ¡Si, extraño en efecto, respondió Juan de Avila con tristeza; si supieseis de que se compone!

— ¿De qué, pues, padre mio? ¿lo sabeis?

— Cuando los frailes han comido, prosiguió el apóstol, echan á este pobre pueblo los huesos que no quieren, como á los perros. Los hermanos legos recogen en esta caldera que veis ahí, todo lo que la sensualidad de los frailes deshecha al borde de su plato, los huesos medio ruidos, las cabezas de los peces, las patas de las aves, los espárragos de los que solo chupan la punta, todo lo que no comen, en una palabra.

«Entre estos restos, siempre se halla algo que roer; luego se corta pan en esta caldera, se echa agua y un poco de aceite; todo esto, hervido en el fuego por un cuarto de hora, se llama la *melopia*; mantiene una cuarta parte á lo menos de la población de España.

— ¡Que vileza! exclamó Estévan.

— Eso no es nada, continuó Juan de Avila, los frailes no se contentan en aprovecharse la miseria de los pobres, porque los pobres no tienen nada que darles; y ese pasto inmundo que les echan todo los días no es más que una especie de restitución de los demás bienes que les han quitado; á los ricos es á quienes aprovechar con ventaja; para estos los frailes han inventado la *melopia* interior.

— ¡Qué es eso? preguntó Estévan.

— Hijo mio, quando un rico está malo, hace llamar el médico, y las más veces consulta al confesor.

« — Yo estoy muy malo, dice el enfermo.

« — Haced un voto, responde el confesor.

« Este voto consiste per lo comun en vivir de limosna un cierto tiempo. En todos los conventos de España hay una mesa sana y abundantemente servida, á la cual van á comer *gratis* todo los que han hecho voto de comer la *melopia*. Un régimen sano y arreglado produce por lo ordinario felices resultados; la salud del rico se mejora, y al terminar su voto, deja una buena recompensa al convento, bendiciendo á Dios por haberse dignado cu-

rarle. De esa manera se aprovecha la religion, hijo mio (1), asi es como esos fariseos venden las gracias de Dios que no se obtienen sin por la oración, la pureza de corazón ó las lágrimas del arrepentimiento. Asi falsean el espíritu de un pueblo generoso, entusiasta, amante de lo maravilloso, buscando por todas partes milagros, que se le hacen ver con auxilio de subterfugios groseros; ¡como si la creación entera no fuese un eterno milagro! ¡como si la mano invisible que hace moverlo todo tuviese necesidad de medios humanos para cumplir su voluntad soberana!

Cuando el apóstol acababa estas palabras, llegó un mendigo, que armado de su ancha taza, venia á recibir su parte.

— Se ha acabado, no hay más, le dijo un joven que tragaba su porción con una voracidad indigna de un andaluz (2).

(1) El convento de capuchinos de Madrid era en mi tiempo el más famoso por la *melopía* interior. Un plato sobre todo, llamado *chanfaina*, compuesto de libianos, higado y corazón de cordero picado, era muy buscado por los gastronomos de la capital. Muchas veces he comido de este plato en numerosa y buena compañía. Mujeres y mujeres, grandes señores y damas, iban á comer *chanfaina* á los capuchinos, mezclados con los menestrales y pobres vergonzantes: los unos por devoción, los otros por gusto, algunos por necesidad; pero como estos eran en corto número, y los otros no dejaban jamás el convento sin dar á lo menos dos buenas misas, es decir veinte ó más reales en poder del hermano limosnero, este refectorio caritativo venia á ser una verdadera mesa de fonda, á la cual podia uno sentarse siempre que quisiese dar más de veinte reales.

En 1816, un torero llamado Zapata se vió entre las hastas de un toro, pero no le sucedió ningun mal; una joven y linda duquesa hizo al mismo tiempo voto de comer la *melopía* de los capuchinos durante ocho días, si Dios curaba el buen Zapata. Su Excelencia comió en efecto *chanfaina* de los capuchinos durante ocho días, después de los cuales el hermano limosnero recibió una suma bastante grande para establecer una renta de 7,200 reales, ó dos misas á diez reales.

Los monjes jeronimos sacaban más. Por separado de su *melopía* interior, que podia rivalizar con todas las *melopías* del reino, estos buenos padres habian establecido una taberna en donde se servia excelente vino de Valdepeñas y muy buenos callos. Todos los domingos los artesanos y vecinos de Madrid iban á millares á un extenso campo que se extendia entre el Prado y el Buen Retiro, delante del establecimiento de los padres. Esta, servida por monjes legos con túnica, escapulario y mandil, ganaban poco durante el invierno; pero lo resarcian en los meses que en Madrid puede llamarse estío.

En 1824, á la vuelta de Fernando VII de Cadiz, la taberna de los jeronimos ha producido 85,798 reales líquidos. Lo sé por el hermano tabernero de aquella época. Este buen fraile, emigrado en 1832, continuaba su oficio de bodegonero en Rouen, en la plaza de Paris, á donde vendia callos bajo el pseudonimo de tripas á la moda de Caen.

(2) De todos los habitantes de España, exceptuando los gallegos, el andaluz es el más sobrio, el andaluz vive, digamoslo así, del sol y de perfumes.

— Tanto peor para la *melopía*, respondió con orgullo el mendigo mirando á la reunión con soberbio desden.

Y se puso á cantar como si hubiese hecho la mejor comida del mundo.

— ¡Pobre hombre! dijo Estévan, ¿no va á comer esta tarde? Es preciso convenir que este pueblo es bien desgraciado.

— No tan desgraciado como creéis; el andaluz es poeta por esencia; pero perezoso, indolente y contemplativo como todos los seres en que domina la imaginación. Para él las necesidades del cuerpo son poca cosa, la materia está subordinada al espíritu; así, á falta de alimento á las facultades de su inteligencia, se sumerge en una inmensa pereza ó se entrega á la holgazanería, según las alternativas de ardor ó de apatía que se suceden en las ricas organizaciones. Junta á esto un inmenso orgullo, nacido del convencimiento que tiene de su propio merito, los malos tratamientos no le doman, no hacen más que someter la materia. Estas gentes esperan el reinado del espíritu, es el único que podrá desenvolver sus buenos instintos y sus virtudes naturales.

— ¡Que lástima! dijo Estévan, ¡que lástima dejar embrutecer asi estas imaginaciones brillantes, estas almas exaltadas, y, sin embargo, generosas, dirigidas hácia el bien!

— No hay duda, hijo mio, y es un crimen de lesa majestad divina, es desconocer la grandeza de Dios en seres formados á su imagen; embrutecer, abatir el pueblo, es minar una nación por su base, es preparar sordamente la mina que, un día en fin, romperá en rebeliones y guerras civiles.

— Padre mio, dijo de repente Estévan mirando con admiración el bello semblante del apóstol cubierto de tristeza, de cólera santa y de amor por la humanidad; padre mio, ¿por qué os habeis hecho fraile?

— Para luchar, respondió Juan de Avila, para conocer á fondo la llaga secreta que devora la España y poner mi piedra al nuevo edificio que un día debe elevarse sobre las ruinas del fanatismo y de la persecución (1).

(1) El tiempo ha llegado á la España para elevar este nuevo edificio. Hace más de medio siglo que los españoles luchan, que trabajan en formar una España nueva sobre las ruinas del fanatismo monacal y del despotismo de los reyes. ¡Lograrán caminar hácia el porvenir! ¡Quebrantarán en fin todas las travas que la política ma-

« Pero esos tiempos no han llegado, exclamó con dolor; y muchas nubes ocultan todavía el sol de la libertad para que pueda iluminar la España.... No importa, prosiguió con entusiasmo, la regeneración de un pueblo es la obra lenta de los siglos, el hombre no recoge siempre el fruto del árbol que ha plantado. ¡Maldito sea el que no siembra sino para sí, y espera su recompensa en la tierra!

— Padre mio, dijo el joven, no os pareceis á la mayor parte de los reformadores, que, por lo comun, trabajan para sí y por su gloria, sin pensar seriamente en la felicidad de los que vienen á regenerar.

— Hijo, solo es digno de ser llamado reformador, el que, haciendo abstracción de sí mismo, trae la felicidad á los hombres, á expensas de su propia dicha, y si es preciso, á costo de su vida. Yo no conozco más que un reformador digno de ese nombre: ese se llama Cristo. Nosotros los que trabajamos en propagar su doctrina sagrada ó en restablecerla cuando ha sido falseada, no somos más que sus emisarios.

Los mendigos habian acabado de cenar

Poco á poco la calle se iba quedando desierta.

Juan de Avila prosiguió su camino con Estévan.

Cuando se acercaron á un grupo de mendigos ocupados en improvisar seguidillas, después de haber vaciado su taza, Juan de Avila se sintió detenido por la manga de su hábito, y volviéndose reconoció la *serena*.

— Perdoneme vuestra Beatitud, dijo la joven; pero he hido á su casa y no he visto á nadie.

— ¿Qué sucede pues? preguntó Estévan, comprendiendo bien que se trataba de Dolores.

— Vuestra Reverencia sepa, prosiguió *Culebrina* dirigiéndose siempre al apóstol, que la señorita que ha tomado bajo su protección ha estado hace algunos días en la taberna de la *Chapa*.

— Como, exclamó el apóstol, ¿Dolores habrá dejado el convento de las carmelitas?

quiavética de la Inglaterra y la debilidad del gabinete frances han puesto a la regeneración de la España? Los españoles tendrán todavía mucha sangre que verter, muchas miserias que sufrir, pero no retrogradarán. Un pueblo que ha sabido luchar durante ocho siglos contra los moros, y que acabó por reconquistar su independencia, no puede desanimarse tan pronto. Es verdad que en sus luchas contra los moros, la religión daba fuerzas á los españoles y excitaba su valor, pero la libertad no es la religión de los pueblos? no es el patrimonio que Cristo á legado al mundo?

— No sé, respondió la *serena*; pero lo cierto es que la he visto entrar en la taberna.

— ¿Estas segura? preguntó Estévan con inquietud.

— Como de mi muerte, señor; la he perfectamente reconocido aunque fuese vestida como una manola, y que su rostro estuviese muy pálido.

— ¡Oh, Dios mio! que nueva desgracia le ha sucedido.

— ¡Corramos, padre mio! dijo Estévan.

— ¡Imprudente! respondió el apóstol; ¿no sabeis que la taberna es el punto de reunión de los familiares de la inquisición? Yo iré solo, ó, mejor que nada, enviaremos á esta joven.

« *Culebrina*, dijo volviéndose á la joven, vé al instante á casa de Coco, y vuelve á decirme lo que sucede á la señora Dolores.

— ¿Adonde hallaré á Vuestra Beatitud?

— En mi casa, contestó Juan de Avila; vé, hija mia, y que Dios te guie.

La *serena* partió como un rayo.

Estévan y Juan de Avila apresuraron el paso para llegar cuanto antes á casa de este último.

XVII.

La cabalgata.

Cerca de la gran plaza de Sevilla, en una calle estrecha al lado de la catedral, se hallaba una casa pequeña cuyas paredes de ladrillo rojo y ciertos adornos de arquitectura demostraban que habia sido edificada al mismo tiempo que la Alhambra (1).

Se entraba á esta casa por una puerta embovedada, estrecha y baja, y ninguna ventana aparente daba vista á la calle. Sin embargo á pocos piés de altura sobre la puerta, estaba abierto un postiguiillo cuadrado, bastante ancho para poder asomar por él la cabeza, y que se cerraba por la parte de adentro con una masa de ladrillos sin labrar; exactamente de la misma dimensión con el que cerrando perfectamente el hueco, nadie podía sospechar que en la pared habia tal abertura.

La casa no tenia más que un solo cuerpo, con una azotea en la cual jamás se habia visto persona alguna y detrás un jardinito cercado de muros tan elevados, que le hacian impenetrable aún á las miradas de las casas más inmediatas. Este jardin, ó más bien pozo, pues tenia esta forma, estaba cubierto de hierbas y flores á pesar de la ausencia del sol, interceptado por los muros; crecian á su placer, gracias al bello clima y fecundidad de la tierra de Andalucía.

(1) *Alhambra* es una palabra compuesta de otras dos arabes que significa castillo ó palacio rojo. En efecto, la Alhambra está construída de ladrillos rojos.

Decian que esta habitación habia, en tiempo de los moros, pertenecido á un santón. En la época en que pasaba nuestra historia, estaba habitada por una mujer de edad, muy piadosa, muy asidua á la iglesia, pero que no recibia á nadie, á no ser á un joven dominico que suponian ser su confesor.

Habian comenzado por admirarse de una vida tan enteramente solitaria; pero como esta mujer estaba en regla respecto á la inquisición, habian acabado por atribuir su soledad á una devoción excesiva, y nadie pensaba mal de ella. Ignoraban de que país era; habitaba la casa del santón hácia algunos años. Sin embargo, juzgaban por su traje y sus maneras que era española.

Eran las doce.

En una salita baja que daba al jardin, dos mujeres hablaban y se entretenian en las labores propias de su sexo.

Una de ellas, de más de cincuenta años de edad, de fisonomía dulce y grave, llena de una profunda tristeza; un secreto penoso, doloroso, parecia pesar sobre esta frente pálida cubierta de canas; una lucha larga y cruel habia ajado ese rostro que debia haber sido hermoso, y encorvado ligeramente su alto talle. La otra, en la flor de sus primeros años, tan triste y tan abatida como ella, era Dolores.

Este era el asilo en que José la habia ocultado.

Juana era la nodriza del joven dominico.

— No he visto á mi hijo ayer, dijo de pronto la anciana; ¿estará enfermo, mi pobre José?

— No dejará de venir hoy, replicó la hija del gobernador; me ha prometido traer noticias del apóstol.

— Y lo hará, estad tranquila, dijo Juana; mi José tiene un corazón de un angel, jamás ha hecho sino bien.

Al decir estas palabras, Juana enjugó dos lágrimas que corrian por sus mejillas.

— Vamos, hija mia, prosiguió doblando su labor y poniendola sobre su silla, es hora de comer; dejad ese bordado y venid á la mesa.

— No tengo ganas, dijo tristemente Dolores.

— Pero es preciso comer para vivir... para tener fuerzas para vivir, prosiguió con dolor la anciana.

Al mismo tiempo, disponia en una mesa estrecha manjares sencillos, pero abundantes, arroz cocido, carnero asado y frutas.

Hacia calor; todo en este momento estaba en silencio al rededor de la casa, y en este retiro tambien cerrado, parecia hallarse uno distante de la ciudad.

De repente, el sonido de una brillante música resonó á lo lejos.

Dolores se estremeció al pronto en su silla; y retiró lejos de sí los manjares que le habian servido.

— ¿Que teneis? preguntó Juana con interes; ¿que teneis, hija mia?

— Escuchad, dijo Dolores espantada, fijando sus ojos vagos y aterrados en el rostro de Juana, escuchad, madre mia, ¿no ois?...

La música resonó de nuevo con más fuerza y más animada, porque se aproximaba, y á este estrepitoso ruido se mezclaba un pisoteo de caballos.

— ¡Y bien! dijo Juana fingiendo no comprender, ¿que os importa ese ruido, hija mia?

— Ese ruido es el que anuncia la marcha triunfal de la inquisición, ¿no comprendéis? El rey de los verdugos<sup>(1)</sup> se pasea por las calles anunciando á la ciudad que su mano no está ociosa, y que ha hecho su cosecha de víctimas para el proximo auto de fé, ¿no oís, madre mia?

— Os engañais me parece, dijo Juana temblando.

— ¡Oh! no, no me engaño; escuchad.

La cabalgata habia llegado ya á la gran plaza, y el ruido de las músicas más estrepitoso y más distinto llegaba ahora á sus oidos.

— Venid, exclamó Dolores cogiendo á la anciana y obligándola á subir al primer piso de la casa, vais á verlo, madre mia.

Y llegando á la habitación que daba á la calle y de donde se podia ver una parte de la gran plaza, Dolores sacó al instante la piedra que cerraba la abertura practcada en la pared.

— ¿Que haceis? ¡gran Dios! exclamó Juana.

— No temais nada, madre mia, nadie lo observará, tienen mucho que hacer en mirar el cortejo del inquisidor.

Juana entonces excitada tambien por la curiosidad, miró por la abertura.

La plaza estaba llena de gente.

(1) Desde Deza, los españoles llamaban al inquisidor general el rey de los verdugos.

El grande inquisidor Pedro Arbues, vestido con una arga túnica violeta, y montado en un caballo blanco de la más pura raza, corbeteando bajo el ginete precedia al cortejo.

La hermosa figura del inquisidor, fiera, altiva y apasionada, su grande estatura que desdeñaba encorbarse, imponian al pueblo tanto como su dignidad.

Pedro Arbues era abierto y francamente déspota á fuerza de audacia, porque no habia en el mundo un alma más perfida que la suya, desde que el interes de sus pasiones lo exigia. Pero en la vida ordinaria, despreciaba demasiado á los hombres, se creia su señor para descender á la hipocresia.

Detrás de Pedro Arbues seguian los demás inquisidor, á caballo como el, pero vestidos de negro.

El pueblo se inclinaba ó arrodillaba al pasar el acompañamiento; los rostros se volvian pálidos, y un silencio inortal reinaba en esta muchedumbre prosternada.

Al llegar al medio de la plaza, el grande inquisidor se detuvo.

Luego, con voz clara que trataba de aparentar piadosa y convencida.

— Hermanos, dijo, dentro de un mes en igual día, la muy santa inquisición hara justicia en los heréticos que deshonoran la divina religión de nuestro señor Jesucristo.

« Un gran auto de fé tendrá lugar para celebrar los felices sucesos de nuestro gran rey Carlos V, en Flandes, y su celo contra la herejia.

« Orad, hermanos, para que Dios nos descubra todos los heréticos, aun los que no lo son más que en el fondo del corazón, y denunciad vos mismos á todos los que conozcais, si quereis ganar las indulgencias concedidas á este fin por su Santidad.

— ¡O Dios mio! exclamó Dolores, ¡que va á ser de mi padre!

El pueblo no respondió á la exhortación del inquisidor sino con grandes señales de cruz.

Las músicas sonaron de nuevo.

— ¡Padre mio! repitió la hija del gobernador dando vueltas por el cuarto como una loca.

— Tranquilizaos, le dijo Juana, José va á venir, no temais.

Dolores volvió á la ventana. El cortejo salia de la plaza y se acercaba á la casa.

— ¡Quitaos de ahí! dijo Juana espantada; van á pasar por aquí y os verán. ¡Dolores! ¡escuchadme!

Pero Dolores no lo oía.

Con los ojos fijos en el inquisidor, parecia que queria leer en su cara la suerte de su padre.

El cortejo estaba casi bajo la casa.

Dolores tenia siempre la cara mirando á la calle.

Al pasar Pedro Arbues levantó la cabeza; pero en este momento Juana cogiendo á Dolores por la cintura logró separarla de la ventana.

El inquisidor dió un salto en el caballo; fijó de nuevo los ojos en esta vaga semejanza que se le habia aparecido; pero más pronto que un rayo, Juana habia colocado la piedra; en lugar de la aparición que habia visto, Pedro Arbues no observó más que un muro uniforme, una casa sin ventanas.

Se creyó el juguete de un sueño; y volviendose hácia un familiar que estaba á pocos pasos de él.

— ¿Sabeis, dijo, de quien es esta casa?

Los familiares todo lo sabian.

— Eminencia, es la morada de una pobre viuda á quien vuestro limosnero don José socorre.

— Estoy loco, pensó el inquisidor; pero veo esta mujer en todas partes.

El cortejo prosiguió su marcha.

Juana colocó en una silla á Dolores desmayada.

El ruido de las músicas se perdía á lo lejos. Dolores estaba siempre privada de sentido.

Arrodillada delante de ella, Juana le frotaba vivamente las manos y le rociaba el rostro con agua fresca.

Sola, y no atreviendose á llamar á nadie comenzaba á concebir inquietudes, cuando la puerta exterior de la casa se abrió con un ligero ruido, subieron la escalera con paso precipitado.

— ¡Dios sea loado! exclamó Juana, no puede ser más que José.

Con efecto era José; en el momento que entraba en el cuarto, Dolores abrió los ojos dando un profundo suspiro.

— ¿Que es eso, nodriza? preguntó José.

— ¡Padre mio! ¡padre mio! exclamó Dolores viendo al joven dominico; don José, ya lo sabeis, ¡quieren matar á mi padre!

— Tranquilizaos, Dolores, dijo José con dulzura; ¿quien os ha dicho que quieren matar á vuestro padre?

— ¿No acabo de oír ahora mismo esos gritos de muerte? ¿no acaban de proclamar un proximo auto de fé?

— ¡Que prueba eso! replicó el joven dominico; si vuestro padre fuese designado para hacer parte de él, ¿no estoy aquí, para velar por el?

— ¡Oh! me engañais, don José, vuestra piedad cruel os hace ocultarme la verdad. ¡No sé yo que el inquisidor tiene sed de la sangre de mi padre y que le hará morir!

— Calmaos y escuchadme, dijo José acercándose á la joven.

— ¡No, no os creo! exclamó esta con una exaltación creciente; ¡no traeis, vos tambien, el hábito de la inquisición! ¡Pues bien! dejadme, no necesito de vos para salvar á mi padre, yo iré á echarme á los piés del señor Arbues; abrazaré sus rodillas, rogaré y lloraré tanto, que si su alma no es tan dura como una roca, se enternecerá y me volverá mi padre.

— ¡Pobre insensata! dijo José con una voz dolorosa mirando á Juana, que lloraba; ¿acaso los inquisidores tienen alma? ¿saben lo que es tener un padre, una madre, un amante ó una hermana? ¿Jamás á hecho enternecer sus entrañas el dolor? ¿Conocen otras sensaciones que los deseos lascivos, feroces y crueles; los delirios mostruosos de una relajación desenfadada, la sed de sangre, el espectáculo de la agonía?

— ¡Iré! ¡iré! repitia Dolores más inflamada todavía con esta terrible pintura, pero palpitante de la verdad.

Al mismo tiempo se levantó; sostenida por la exaltación y apartando á Juana, que trataba de calmarla cogiendola dulcemente el brazo.

— Dejadme, dijo, todos estais ligados para engañarme; me habeis encerrado aquí como en una prisión, para que la noticia de los sucesos no pueda llegar á mi; pero Dios á descubierto vuestros proyectos, y he sabido le que queriais ocultarme. Dejadme pues, dejadme libre; ¿con que derecho me teneis aquí presa? exclamó con desesperación dirigiendo al dominico una mirada terrible.

José calló, estaba conmovido y muy pálido, Juana le miró con un aire que queria decir:

— Esta pobre joven se vuelve loca.

— Ella es más feliz que yo, respondió José muy bajo.

Juana soltando sus dos brazos que habian tratado de detener á Dolores, fué á sentarse al otro extremo de la cámara.

La joven viendose libre, se detuvo y se puso á contemplar á José, cuyo semblante pálido y hermoso temblaba de piedad.

Juana lloraba; estos dos seres parecían más bien víctimas que sufrían que verdugos.

Los ojos de Dolores perdieron de pronto su cólera, se dejó caer abatida en su silla, su grande irritación había cesado.

José entonces se acercó á ella.

— Perdonadme, dijo tendiendole una mano, he sido injusta; el dolor quita la razón: perdonadme, don José, más os lo digo ahora con tranquilidad, mi resolución es invariable: quiero ir á echarme á los piés del gran inquisidor; debo hacerlo; debo intentarlo todo por salvar á mi padre, y no se dirá que yo he sido cobarde.

— ¡No lo hareis, Dolores! exclamó con firmeza el joven dominico.

— ¡Oh! dijo Juana, compadeceos de vos misma.

— Nada temo, respondió la joven con nobleza; ¿temeré á la muerte, yo?

— ¡Pero temereis á la infamia! contestó con energía José; ¿no conoceis al inquisidor de Sevilla?

— ¡Oh! es cierto, dijo con espanto; ¡no me acordaba de eso!

— ¡Pues bien! prosiguió José, seguid mis consejos; seguidlos, Dolores, ¡ó per mi vida, sois perdida!... Dejad obrar á vuestros amigos, hasta una víctima; os perderiais sin fruto, y ese sacrificio no serviria de nada al que quereis salvar.

— ¡Oh! ¡si á lo menos supiese á donde está Estévan! dijo la hija del gobernador con una desesperación indifinible.

— Lo sabré, os lo prometo. Estévan está como yo ocupado de vos sola; estad tranquila y contad con nosotros. Estais en seguridad aqui, añadió, no pretendais salir, es el único sitio de Sevilla donde la inquisición no vendrá á buscaros.

Á pesar de los consuelos de José, Dolores permanecía sumergida en un profundo abatimiento.

— Pronto volveré, le dijo al salir el joven dominico.

Juana le acompañó hasta la puerta exterior.

— Mi buena Juana, dijo José, cuida muy bien de esta joven, que no salga nunca.... Hay bastantes víctimas como esta, prosiguió con amargura.

— ¡Oh mi noble hijo! dijo la nodriza apretandole con fuerza contra su pecho, que Dios bendiga tu valor.

— ¿Te parece que no tengo tanto? replicó vivamente el joven.

Juana no respondió, pero volvió la cabeza para ocultar sus lágrimas.

— Nada temo, dijo José estrechandola la mano con energía; nada temo, Juana, yo llegaré á mi objeto....

## XVIII.

### La cólera del pueblo.

Era ya noche. Al dejar á Dolores, José se dirigió hácia el palacio del inquisidor. Era preciso, para llegar á él, atravesar la calle en que habitaba el gobernador de Sevilla. Al acercarse á esta calle, José quedó sorprendido al ver á esta hora una porción de pueblo ocupar las avenidas del palacio del gobernador.

Un ruido sordo de imprecaciones y amenazas proferidas con voz ronca, sorda, terribles, corría como un soplo de tempestad entre estos grupos irritados.

Se hubiese tomado por el crujido del viento en un bosque de encinas.

Nada de gritos, nada de esas voces variadas y discordantes que, en Francia, se oían en las conmociones, y expresan enteramente la cólera de un pueblo que se eleva tan pronto como el humo de la pólvora.

El pueblo de España, tan oprimido, tan paciente y tan calmoso, hácia oír el crujido de la rama que se quiere romper y que resiste: sabía sufrir y morir sin quejarse, protestaba contra un acto inicuo de la inquisición. Tenía en el corazón el sentimiento de lo justo y de lo injusto, y si ha tolerado tan largo tiempo el yugo del despotismo, es que sobre el poder humano que le perseguía, se le mostraba un poder más grande, el de Dios; y en su fé pura, ese pueblo, que no sabía de Dios más que lo que le habían enseñado sus perseguidores, adoraba á ese soberano tal como se le habían hecho, y se sometía sin murmurar á los que él miraba como sus ministros.

Una multitud de hombres y mujeres exaltados se avanzaban hácia el palacio del gobernador de Sevilla, ilumina-

nado por un solo réverbero. La calle estaba oscura. Esa masa viviente se avanzaba lentamente, luego era bruscamente empujada por otro tropel que venía en sentido contrario. El pueblo de Sevilla, cansado de la administración inicua de Enriquez, había en fin concebido el deseo de vengarse. Esta cólera del pueblo, sorda, contenida, pero perseverante, era espantosa. La conmoción había sido tan repentina, tan poco ruidosa, que no había habido tiempo de oponerle la fuerza armada; avanzaba hácia el palacio del gobernador, como esas mangas invisibles que se deshacen sobre la tierra con la rápidez del rayo. Sin embargo, algunos alguaciles corrían á diversos puntos, y aquí y allí sombríos guarduños observaban la conmoción sin tomar parte en ella, prontos á vender su socorro al más que diese.

— ¿De qué procede esta reunión? preguntó José á un familiar del palacio que corría á todo escape, enviado por su Eminencia para instruirle del hecho.

— Reverencia, no es más que por una judía vieja que acaban de prender.

— Reverencia, dijo una valerosa manola que había oído la respuesta del familiar, esa judía era tan buena católica como vos y como yo; pero tenía un criado infiel, le ha despedido ignominiosamente, y el criado la ha denunciado como herética judaizante (\*).

— ¿Como se llama esa mujer? preguntó José.

— Maria de Bourgoña, Reverencia; tiene más de ochenta años; y es una santa que da todos sus bienes á los pobres. La llamamos nuestra madre, he ahí porque cuando se ha sabido que estaba presa en el santo oficio, han venido todos al palacio del gobernador; porque es el quien la hizo arrestar.

El familiar iba á dar órdenes contra la manola; José le hizo una seña para que se retirase; no era momento de usar de violencias.

El familiar se dirigió por otro lado, tratando de abrir paso por esta multitud compacta que le oponía un dique casi impenetrable; pero se propuso no olvidarse de las señas de la mujer imprudente que acababa de expresarse con tanta temeridad.

— Os aconsejo, dijo muy bajo José á esta animosa an-

(\* ) Que practica la religión de lo judios.

daluza, que salgais de Sevilla lo más pronto posible; las palabras de ahora podrian seros muy costosas.

— ¡Lo creo! dijo ella mirando al joven dominico y sonriéndose; ¡sois inquisidor tambien!

— Soy indulgente, y amo á ese pueblo que sufre, dijo José; vete, pobre mujer, nada temás de mí.

La muchedumbre se presentaba más furiosa y más compacta delante del palacio del gobernador. Algunos, armados de palancas de hierro, trataban de derribar la puerta, cuidadosamente barricada, mientras que otros, levantando sus formidables puñales de Albacete, se preparaban á una mortal defensa. Las juvenes, oprimiendo en su mano derecha su puñal afilado, se echaban adelante furiosas y animadas de un sentimiento de indignación difícil de describir.

Era hermoso y espantoso el ver todas esas caras morenas cuyos brillantes ojos despedían por todas partes el fuego de la ira, y esos labios animados que, á cada palabra de cólera, dejaban ver entre abriéndose dientes blancos y brillantes como los del tigre.

El caracter africano se habia reanimado.

La sangre ardiente de los árabes del desierto, todavía no templada en el trascurso de ocho siglos de generaciones en las venas de los andaluces, hervía entonces como una lava. El odio, el odio profundo, amargo, devorador, les impulsaba invenciblemente á la rebelión. Habían dicho en fin: ¡basta! y se dirigian desesperados contra ese gobernador inicuo que el capricho del grande inquisidor habia impuesto á la ciudad: ese hombre salido del pueblo que destrozaba y oprimia al pueblo.

Enriquez, retirado en su palacio de donde no se atrevia á salir, Enriquez, tan cobarde en el momento del peligro, como cruel en la prosperidad, espera temblando un socorro que no venia. Cada golpe de palanca que hacía vacilar la puerta del palacio, iba á resonar como un golpe de muerte en el corazón de este miserable. Arrodillado en su cuarto, ante una imagen de la madre de Dios, esa admirable estatua que habia adornado el vírginal oratorio de Dolores, el antiguo familiar de la inquisición, el cómplice de Pedro Arbues, murmuraba en trémulas palabras ininteligibles. Como los paganos de la antigüedad, Enriquez, en un acceso de fervor inspirado por el temor de la muerte, prometió á la madre del Salvador cien víctimas más por año en los autos de fé de la inquisición; esta fue la única expresion de su arrepentimiento.

La puerta del palacio, pesada masa de madera cubierta de clavos de hierro, iba á ceder bajo los golpes redoblados de mil brazos robustos y carnudos; y como no habia habido tiempo de tocar generala para advertir á las tropas, eran seiscientos hombres del pueblo, atrevidos y determinados, contra cincuenta familiares ó esbirros dispersos acá y acullá que corrian unos tras otros.

Muy luego, á los golpes repetidos y fuertes dirigidos contro la puerta, sucedió un crujido de madera y hierro; la puerta habia cedido, y abandonando los goznes que la sostenian, cayó al suelo con un ruido espantoso. En este momento, un silencio profundo sucedió como por encanto al grito de triunfo dado por el pueblo al ver la puerta derribada. Estos hombres, antes tan encarnizados, quedaron inmóviles ante esta barrera allanada; ninguno se atrevió á pisar el umbral del palacio gubernamental.

¿De donde procedia este milagro? Es que en uno de los extremos de la calle en donde comenzaba la reunión, Juan de Avila habia de pronto aparecido.

— ¿Qué haceis? exclamó con voz grave y poderosa acostumbrada á resonar en las basilicas; ¿á donde vais, insensatos? ¡deteneos!...

Esta palabra corrió de boca en boca; y al nombre del apóstol, el furor de ese pueblo, calmando como el viento del huracán á la voz del Eterno, habia cambiado en adoración. El pueblo se habia acordado de que Juan de Avila le habia recomendado la paciencia y prometido el cielo en recompensa. Es que este noble y valiente pueblo de España no se revelaba por turbulencia, por deseo inquieto ó por vana fanfarronada; no, estaba sereno y grave; la longanimidad y la mansedumbre residian en estas almas valerosas.

Por poco que se haya estudiado á los españoles, esto es facil de comprender; la base del caracter español es una sencillez llena de grandeza. ¿Pues, que más sencillo y más grande á la vez que el Evangelio?

Juan de Avila se adelantó sin esfuerzo por medio de esta multitud antes impenetrable; todo el mundo se separó al acercarse.

— Hijos míos, les dijo ¿porque os rebelais? ¿que beneficio os resulta de ello?

— Padre, dijo uno de ellos, acaban de prender á Maria de Bourgoña que alimentaba nuestros hijos.

— Dios os la devolverá, respondió el santo; ¿rebelandos esperais salvarla?

Al mismo tiempo un hombre armado de una enorme palanca de hierro se adelantó hácia el apóstol. Este hombre parecia ser uno de los jefes de la revolución. Juan de Avila reconoció á *Manoña*.

— ¿Qué haces ahí? le preguntó el santo con dulzura.

— Quería vengar una víctima, respondió el bravo sin desconcertarse; veniamos á matar á ese miserable Enriquez que nos han dado por gobernador.

— A nadie se debe matar, dijo Juan de Avila.

— Tocante á ese, no seria un gran mal, respondió el bravo, un pícaro de esa especie.... mas pues vuestras Beatitud no quiere....

— Dios es el que no quiere, hijos míos; retiraos y dejad á Dios el cuidado de vengaros.

Estos hombres, antes tan feroces, se habian vuelto quietos como corderos. Cuando se alejaban en silencio sin hacer ya manifestación hostil alguna, varios esbirros se aproximaron para arrestar á unos cuantos de ellos.

— ¿Qué haceis? exclamó el santo, ¿quereis castigar al leon porque ha sido generoso? Retiraos; ¿no necesitais de armas, todo el mundo está tranquilo, no lo veis?

Los emisarios de la inquisición, cediendo á pesar suyo á la influencia de este hombre extraordinario, tubieron un instante de duda. En este momento, José, saliendo de entre la multitud, hizo una seña á los alguaciles; á esta insinuación muda, estos hombres se alejaron como sombras.

Á pesar de su ímense caridad, Juan de Avila dirigió una mirada de desagrado y desconfianza al favorito del inquisidor.

En esta época, los dominicos y los franciscanos no habian todavía hecho alianza (1).

(1) Conocida es de todos la eterna disputa de los franciscos y los dominicos sobre la immaculada concepción de la Virgen. Los dominicos han afirmado siempre que ha sido concebida en el pecado; y para probarlo, habrian quemado á todos los hijos de san Francisco que declaran á la Madre de Dios immaculada. Estas *graves* disputas, que ocuparon tan vivamente á los doctores del concilio di Trento, estan lejos de terminarse en Italia; en Roma sobre todo, dan todavía como en toda guerra hay armisticio, estas declaraciones teológicas cesan de una y otra parte el segundo dia de las fiestas de la nati-

Este día los dos campos enemigos se reunen en un sumtuoso ban-

En lo general eran crueles enemigos; Juan de Avila, á pesar de su santidad, no podia evitar un involuntario sentimiento de aversión y repugnancia á la vista del joven dominico.

Pero José se acercó á él, y con aire de confianza y tranquilidad:

— Padre mio, le dijo, la que buscais está en seguridad.

Juan de Avila se estremeció; creia que Dolores habia sido presa por la inquisición.

— Padre mio, repitió José mirándole con dulzura, ¿no conoceis en mi rostro que os digo la verdad?

— Volvedme pues esa pobre joven, dijo Juan de Avila, la hemos llorado bastante Estévan y yo.

La serena no habia podido instruirlos; la *Chapa* habia rehusado decirle lo que era de Dolores.

— Mañana, á media noche, contestó José, os esperaré en la esplanada cerca de la fuente; venid á buscarme, yo os conduciré junto á ella.

— ¡Chit! dijo el apóstol viendo acercarse á Estévan, que le habia seguido á poca distancia. Mañana, á media noche, cerca de la fuente.

José desapareció, pero á cortos pasos de allí, se volvió para contemplar la bella figura de Estévan y su noble perfil que se divisaba perfectamente en el claro oscuro de una noche de estio. A esta vista un profundo suspiro salió del pecho del joven dominico, y dos lágrimas abrasadoras corrieron por sus mejillas.

Juan de Avila nada dijo á Estévan de este encuentro, queria ir solo á esta cita, en la que acaso temia un lazo.

Esta noche todavía Enriquez durmió tranquilo.

quete, y olvidan en los excesos de la mesa sus enemistades de todo el año. Durante la comida, que dura toda la noche, los orguilesos hijos de S. Domingo son los mejores amigos de los humildes hijos de S. Francisco, salvo volver á comenzar al otro dia sus injurias y sus inagotables argumentos sobre la *piadosa* simpleza que hace el objeto de su eterna disputa.

XIX.

El amuleto del grande inquisidor Torquemada.

Entrando en el palacio inquisitorial, José fue á reunirse con el grande inquisidor.

Pedro Arbues estaba solo en su cuarto; pero en lo exterior se habian doblado las guardias, porque la nueva de la conmoción, tan pronto apaciguada, cuyo ruido apenas habia llegado á él, le habia de tal suerte espantado, que le parecia á cada instante ver la puerta de su habitación forzada por asesinos. Tenia la cobardia de la hiena que huye de la luz, y no se alimenta más que de cadáveres. Sentado ante una mesa pequeña de ébano embutido de nacar, obra preciosa del principio del renacimiento, Pedro Arbues, la cabeza apoyada en sus dos manos, consideraba con una atención meditativa un dije extraño engarzado en oro. Era un colmillo de un elefante que habia pertenecido á Tomás Torquemada, fundador de la inquisición moderna en España; este fraile feroz, cuya crueldad excedió de tal manera todos los límites, que el mismo papa Alejandro Borgia quedó espantado. Esta reliquia, venida no se sabe como á manos de Pedro Arbues, tenia, decian, la facultad de descubrir y neutralizar el veneno.

Pedro Arbues habia de tal suerte imitado á Torquemada en sus barbaries, que le imitaba tambien en su supersticiosa prudencia. Este colmillo de elefante no salia jamás de su cuarto. Al acercarse José el inquisidor levantó la cabeza.

— ¡Y bien! José, ¿qué noticias traes?

— Todo está tranquilo, señor, vuestros esbirros han hecho proezas, y los revoltosos han sido al momento dispersados.

— ¡Alabado sea el Señor! exclamó el inquisidor, y ese pobre Enriquez no ha sufrido daño?

— Ninguno, señor, no han hecho más que derribar la puerta de su palacio; Enriquez en este momento está tan seguro come vuestra Eminencia.

— ¿No han pensado dirigirse á mi palacio?

— No, señor, ¿quien se atreveria á ultrajar al gran inquisidor de Sevilla?

— ¿Yo no arriesgo nada, no es cierto, José? No se atreverán á combatir tan alto. ¿Acaso, prosiguió Arbues, he hecho mal en elevar á Enriquez al puesto difícil de gobernador? ese hombre no tiene fuerza ni resolución.

— No tanto como vuestra Eminencia puede creer.

— Pero es un hombre nulo, ignorante, grosero.

— ¿Qué importa, señor, os es afecto; y creedme, la toga de gobernador está tan bien en sus hombros como en los de otro.

— El pueblo echa menos á Manuel Argoso, dijo Pedro Arbues. Ese hombre tenia una tolerancia culpable por los heréticos y los cristianos frios; pero todos le amaban.

— He ahí porque se rebelan contra Enriquez, señor. No hay más que un medio de remediar esto; redoblar los rigores.

— Sí, es preciso que esos rebeldes acaben, es preciso que la inquisición de España extienda su dominación por el mundo, y que se eleve aún sobre el poder de los papas. Es preciso que la lepra de la herejia desaparezca para siempre de la superficie del globo.

— Y que el globo entero pertenezca á la inquisición, añadió José medio serio medio riendo.

— Es preciso, prosiguió el inquisidor, que las cenizas de los heréticos fecunden la tierra y nos la hagan llena de delicias. Los bienes de este mundo como los del cielo pertenecen de derecho á los verdaderos católicos; ellos solos son dignos de gozarlos. No lo conseguirán sino á fuerza de perseverancia y rigores saludables.

— Señor, cuanto más la inquisición inmole heréticos ó malos católicos, más fuerte será y más poderosa.

— Sin duda, dijo el inquisidor con una risa feroz; así lo he previsto, José, tendremos cerca de ciento diez y ocho condenados en el próximo auto de fé.

— Cincuenta más que en el último, señor. ¿Que hareis del antiguo gobernador de Sevilla?

— Le trataer come merece, como herético luterano;

dijo el inquisidor exasperado por el recuerdo de sus vanas tentativas contra Dolores.

José, se vé que adulaba habilmente las pasiones de Pedro Arbues; se vé también que la inquisición no era, como se quiere decir, movida por un ardiente fanatismo. Su indecible crueldad, implacable como la fatalidad, no era ciertamente el resultado de un celo excesivo, ciego, por la gloria del catolicismo! ¡tenia también otro vehículo! el interés de la religión no estaba más que en segundo término, ó más bien, la religión servía de máscara y pretexto á la ambición desenfrenada, á la sed de riquezas de los inquisidores. No es permitido creer en el fanatismo absoluto, en la fé ciega, más que en los insensatos ó las inteligencias obtusas; los inquisidores no eran ciertamente locos ni estúpidos. Querían invadir, he ahí todo; querían reinar, y en su astuta política, habían comprendido que la única corona que no será destruida jamás, es la corona de espinas del hombre Dios; vé ahí porque habían abrigado su soberanía despótica, porque se habían hecho una égida del nombre divino de Cristo, haciéndole solidario de sus iniquidades.

— Es ya tiempo, prosiguió Pedro Arbues, de recoger la herencia que nos ha dejado nuestro santo fundador, Tomás de Torquemada.

En este momento, el inquisidor observó que José, como un niño, jugaba con el colmillo del elefante que estaba en la mesa.

— Guardate de tocar eso, hijo mio, dijo Pedro Arbues separándole suavemente de sus manos; es una preciosa reliquia que no debemos profanar; es la que constantemente ha protegido la vida del bienaventurado Torquemada, y que ahora protege la mía.

— ¿Cómo ha venido á parar á vuestras manos?

— Por herencia; yo desciendo por mi madre, aunque en linea indirecta, de la misma familia que el primer grande inquisidor de Castilla.

José calló y se apresuró á volver á poner el colmillo del elefante en el sitio de donde le habia tomado. El escepticismo del joven no excluía una ligera superstición; tenia todavía demasiado de la ardiente imaginación de los moros para no creer en la virtud de un amuleto.

— José, dijo el inquisidor, pues que ahora todo está tranquilo en Sevilla, soy de opinión que hagamos juntos una ligera colación para probar un excelente

vino de *Lacrima Cristi* que me ha enviado el nuncio del papa.

— No tengo ganas, respondió sin titubear José.

— No importa, hijo, ese vino delicioso excitará tu apetito. Llama y dí que nos le traigan.

José no tuvo tiempo de ejecutar las órdenes del inquisidor. Un familiar entró de prisa y entregó una carta á su Eminencia.

— ¿De quien es? dijo Pedro Arbues.

— El gobernador de Sevilla es quien le envía, respondió el familiar.

Pedro Arbues abrió la carta y leyó con rapidez:

« SENOR,

*« La abadesa de las carmelitas está muy mala, y ha hecho llamar un franciscano para confesarla. He creído deber preveniroselo á vuestra Eminencia. Ese fraile debe ir esta misma tarde al convento, porque el caso es apremiante. Esto es todo lo que he podido saber. Mi carta, escrita hace dos horas, no ha podido ser enviada más antes á vuestra Eminencia á causa de la conmoción que ha turbado la ciudad y amenazado mi vida.*

« ENRIQUEZ. »

— ¡Pobre Enriquez! exclamó el inquisidor cuyo semblante habia, durante toda esta lectura, expresado la más violenta cólera; ¡que celo por mi servicio!

— Lo veis, señor, dijo José sin saber de que se trataba.

— ¡Por Cristo! prosiguió Arbues, esa mujer es audaz. Hace llamar á un miserable franciscan, siendo yo su confesor: debía recurrir á otro que á mí! ¡Sí, comprendo, pronunció en voz baja, teme á la muerte, y acaso!... ¡Oh! pero es tiempo todavía... Esa loca podría comprometerme; es preciso que la vea ahora mismo.

— ¡Hola! dijo llamando á sus familiares, que alisten mi litera, tengo que salir.

Luego, volviéndose á José que trataba vanamente de adivinar lo que pasaba en el alma de Pedro Arbues.

— José, dijo, un negocio importante me llama. La abadesa de las carmelitas se muere, reclama de mi los socorros de la religión; te dejo, adios.

Pedro Arbues salió de la habitación, bajó con rapidez

la escalera de mármol de su palacio, montó en la litera y partió.

Cuando llegaba á la puerta del convento, un fraile franciscano pasaba el umbral de ella y se adelantaba hácia el inquisidor. Al llegar uno enfrente de otro, Pedro Arbues dirigió una curiosa mirada al rostro del fraile; á pesar de la oscuridad estos dos hombres se reconocieron. Pedro Arbues miró fijamente al fraile.

— ¿A qué habeis venido aquí? le preguntó con tono severo.

— A salvar un alma, respondió el franciscano.

Este fraile era Juan de Avila.

El inquisidor le echó una mirada llena de odio y atravesó con rapidez la puerta del claustro.

Cuando llegó junto á la abadesa, Francisca de Lerma, tranquilizada con las dulces palabras del apóstol, parecia gozar un instante de calma. No estaba muy mala, pero esta mujer apasionada y robusta, repentinamente atacada de un mal que habia quebrantado sus fuerzas, habia temido á la muerte y tenido horror de su vida depravada. No pudiendo confiarse en el cómplice de sus faltas, de quien temia la violencia, habia hecho llamar á Juan de Avila, cuya santidad le inspiraba una confianza sin límites; y en una confesión sincera, la desgraciada mujer habia depositado en el seno de este apóstol de la verdad los remordimientos que devoraban su alma.

¡Oh! como el hombre de Dios debió derramar lágrimas de sangre sobre la iglesia de Cristo indignamente profanada, á esas confesiones de un alma tímida y desgarrada que se escapaban de los labios de la altiva abadesa de las carmelitas. La enferma habia depuesto ese caracter indomable, y el remordimiento, única virtud que resta á los que han pecado mucho, el remordimiento la habia conducido al arrepentimiento. Á pesar de las péfidas insinuaciones y mentiras que Pedro Arbues habia empleado para persuadirla que no hacía mal, Francisca jamas habia estado tranquila, y habia ciertamente pecado con conocimiento de causa.

— Señora, dijo el inquisidor cuando estuvo cerca de la enferma y solo, ¿porque habeis llamado á otro confesor y no á mí?

Á esta voz bien conocida, Francisca de Lerma se volvió con precipitación, y con una mirada reconoció al inquisidor de piés á cabeza, meneó los labios, sin responder, con una señal de menosprecio.

— No sabeis, hermana, continuó Pedro Arbues con voz dulce, ¿que tengo el poder de absolveros!

— Antes de absolver á los demas, respondió lentamente Francisca de Lerma, cubrios la cabeza de ceniza, señor; abatid vuestro orgullo hasta el polvo y rogad de rodillas sobre la tierra desnuda; que Dios os perdone vuestros crímenes. ¿Con qué derecho hablais de absolver á otros, vos que habeis pecado tanto?

— Pobre alma extraviada, contestó el inquisidor; ¿quien puede poner límites á nuestro derecho y á nuestro poder espiritual! ¿no somos la unión del Señor, y hay alguna cosa en el mundo que pueda borrar este carácter sagrado? ¿No tenia yo más derecho de desliar las almas de los lazos del pecado? el sacerdote, por indigno que sea, prosiguió con fingida humildad, no es menos el representante de Jesucristo, y no habeis comprendido los intereses de la iglesia confesandoos con un fraile elegido entre los franciscanos, que son nuestros más mortales enemigos?

— Ese fraile es un santo, señor, me ha consolado y reconciliado con Dio. Dejadme pues morir en paz y no os inquieteis más por la salvación de mi alma.

Luego volviéndose del otro lado, Francisca cubrió su cabeza con la sabana, como si hubiese querido poner entre ella y el inquisidor el sudario del sepulcro.

Pedro Arbues conoció que esta alma era sinceramente entregada á Dios, y que su imperio habia acabado. Mas, como hábil inquisidor, cubriendo su cólera con una capa de dulzura y de humildad, se retiró sin violencia, sin demostrar su descontento; y como vió que el mal de Francisca estaba lejos de ser mortal, se propuso impedir que volviese á ver á Juan de Avila.

La conversión de Francisca de Lerma habia sido para ella un implacable decreto.

XX.

La cita.

La hora de la cita dada por José á Juan de Avila se acercaba. Estévan acababa de cenar con el apóstol, y á pesar suyo, este último no habia podido disimular una preocupación penosa, extraña en su fisonomía serena, aunque habitualmente meditativa. Ya inquieto sobre la suerte de la que amaba, Estévan temia que Juan de Avila hubiese de ocultarle secretos dolorosos. Sin embargo no se atrevió á preguntarle, acaso por consecuencia de esa debilidad humana. Juan de Avila guardaba, á pesar suyo, un silencio no acostumbrado. Estévan seguía con inquietud los menores movimientos de su fisonomía.

— Padre mio, se atrevió á decir en fin, ¿no habeis sabido nada del infeliz gobernador de Sevilla? ¿no han comenzado todavía su causa, y no podremos hacer nada para salvarle?

— No, dijo Juan de Avila; el proceso de Manuel Argoso no ha empezado, y cuando sea tiempo, ¿no sabeis que os lo advertiré? Hasta entonces, manteneos en la oscuridad y en el retiro. ¿Ignorais que peligro correriais si despreciaseis la inquisición?

— La despreciaré cuando sea preciso, respondió Estévan con tranquilidad.

— Pues bien, conservad vuestras fuerzas para el día de la lucha; las necesitareis.

Al mismo tiempo, Juan de Avila, viendo que la arena de la ampolleta puesta sobre la mesa habia casi enteramente corrido, salió sin decir una palabra, como otras veces habia acostumbrado hacer. Pero, aunque este día no hubiese pasado nada de extraordinario, Estévan, inquieto y atormentado, dejó que se alejase el apóstol al-

gunos pasos, luego salió, cerró la puerta de la habitación, y á favor de la oscuridad, siguió á Juan de Avila á distancia para no ser visto. Llegado á la fuente que está frente á la catedral, Juan de Avila se detuvo: José le esperaba ya. Sentado en el borde de la fuente, el rostro apoyado en una de sus manos blancas y delgadas, el joven dominico tenia una gracia indecible en esta posición melancólica.

Juan de Avila habia hecho muy poco ruido al acercarse á fuente, sin embargo José le oyó; y, levantándose de la piedra en que estaba sentado, le salió al encuentro. A pocos pasos de ellos, Estévan oculto en el macizo de naranjos que rodeaban la fuente, habia podido ocultarse sin ser oido.

Cual fué su sorpresa al ver á Juan de Avila hablar á un dominico. Puso atención.

— Padre mio, dijo José inclinándose ante el apóstol de Andalucía, hubiera querido evitaros esta molestia, pero no podia ir á vuestra casa sin temor de ser sospechoso... á la inquisición, añadió bajando la voz, lo que os habria perjudicado impidiendome serviros.

José hablaba con tanto candor; habia tanta nobleza y entusiasmo en su voz, y en su hermosa frente pálida, joven y desbastada, que Juan de Avila, que tenia tambien todo el candor de los hombres de talento, perdió casi toda la desconfianza que le inspiraba un hábito de dominico.

Entre estas dos almas escojidas, la chispa magnética habia prendido.

— ¡Y bien! ¡Dolores! dijo vivamente el apóstol.

Al nombre de Dolores un estremecimiento ligero hizo mover las hojas de los naranjos, y como si la brisa los agitase.

— ¿Os atreveréis á seguirme? preguntó el joven dominico con una voz dulce.

— ¿Por qué no he de atreverme? respondió Juan de Avila, cuyo gran corazón era inaccesible al temor; yo os sigo, añadió con voz tranquila, conducidme, hermano.

— No, vuestro hijo, padre mio, dijo José volviéndose con un movimiento lleno de atractivo y gracia, y cruzando sus dos manos ante el apóstol; vuestro hijo, que necesitará de vuestras oraciones....

Juan de Avila se sintió conmovido, José le inspiraab un sentimiento indefinible; ejercia sobre él tambien esa

fascinación irresistible de los seres hermosos, nobles y entusiastas.

— Seguidme, padre mio, repitió el joven dominico alejándose, no tenemos que ir lejos.

En efecto, algunos minutos después, estaban delante de la puerta de la casa morisca en que habitaba Juana.

José sacó entonces una llave del bolsillo, abrió la puerta y entró el primero; pero cuando iba Juan de Avila á verificarlo, Estévan, que no habia visto, se adelantó vivamente hácia él, y le dijo con voz casi suplicante:

— Padre mio, si hay aqui peligros que correr, dejadme participar de ellos, y dejadme tambien verla, pues que nos es devuelta.

— Lo espero á lo menos, respondió Juan de Avila: habia querido evitaros acaso un engaño, mas pues lo sabeis, venid.

Al mismo tiempo, volviéndose á José que le esperaba adentro, y que habia alargado un poco la cabeza para ver que obstáculo detenía á Juan de Avila.

— No entraré sin mi hijo Estévan.

— ¡Estévan! murmuró José, si que entre, padre mio, y que la vuelva á ver.

Cuando hubieron entrado, José cerró cuidadosamente la puerta. Dolores y Juana esperaban en la sala baja. Dolores, prevenida por José, se lanzó á esperar á su libertador; mas cuando vió á Estévan, á quien no esperaba, una pálidez profunda cubrió su rostro, y volvió á caer abatida en el divan de donde acababa de levantarse; una tan grande emoción la habia hecho perder las fuerzas.

— Dolores, dijo Juan de Avila acercándose á la joven, es preciso ser fuerte en la alegría como en el dolor. En estos tiempos malos, el que se deja doblegar por todos los vientos contrarios, pronto es abatido y anonadado.

A la dulce voz del apóstol, Dolores volvió en sí, y mirando á José, le dió gracias con los ojos.

José volvió la cabeza para ocultar una lágrima que, á pesar suyo, habia salido de sus ojos.

Mas después de esta emoción primera otorgada al más vivo sentimiento del alma, Dolores se avergonzó de no haber, como siempre, dado su primer atención á su desgraciado padre; y mirando á José con inquietud.

— Don José, le dijo, ¿cuándo se ve la causa de mi padre?

— Pasado mañana, respondió José, porque no queria enganar á Dolores.

— ¿Estais seguro? preguntó Juan de Avila; yo creia que eso tardaria algunos dias.

— Es pasado mañana, contestó José; lo sé por el grande inquisidor, que nada oculto tiene para mí.

— ¡Y bien! dijo Dolores con pena, ¿qué es preciso hacer ahora para salvar á mi padre? Nada hemos hecho todavía.

— Nada habia que hacer, respondió el dominico.

— ¡Y ahora? preguntó la joven.

— Ahora, vamos á ocuparnos de buscarle testigos, es el único medio de salvarle.

Dolores no respondió; pero reflexionó un momento, y pareció tomar una resolución, luego dirigiéndose á Juan de Avila:

— Padre mio, dijo, le servireis de testigo, ¿no es cierto?

— Sin duda, respondió Juan de Avila, no os atormentéis por eso, estad tranquila en cuanto podais, todos nosotros necesitamos valor. Dejad pues obrar á vuestros amigos con toda libertad, sin afligirles con vuestros pesares.

En este momento, mientras Dolores ponía su atención en las palabras del apóstol, José entró en el jardin como para observar algunas flores, y hizo una ligera seña á Estévan, que le siguió sin afectación.

Cuando estuvieron bastante lejos para no ser oidos:

— Don Estévan, dijo José, no salvaremos jamás al gobernador con testigos; busquemos un medio más eficaz.

— Yo no conozco otro, respondió con gravedad el joven filósofo, demasiado prudente para confiar su íntimo pensamiento á un hombre que no conocia.

— Sin embargo, propuso vivamente el dominico, si ese medio faltase, ¿qué haríamos?

— Yo espero en la justicia de Dios, respondió Estévan.

José se sonrió amargamente, y tomando la mano del joven Vargas, que estrechó entre las suyas:

— Don Estévan, dijo, desconfiáis de mí; ¿qué he hecho para merecer esa injusticia? He encontrado un día en mi camino á vuestra futura, extraviada, que corria al palacio del grande inquisidor para pedir gracia por su padre; yo la he arrancado á una muerte cierta, más to-

davía, á la infamia, acaso. La he ocultado en mi propia casa, conservado y protegido como una hermana. Quiero ahora salvar á su padre, ¿qué puedo hacer más para que confieis en mí? ¿Por que desconfiais?

— Sois dominico, respondió Estévan con franqueza.

— Llevo el hábito, dijo José.

— Convento, contestó Estévan, que todo en vos inspira confianza; vuestra fisonomía respira candor, y vuestras palabras llevan el sello de la verdad; pero ¿es culpa mía si hoy en España es preciso desconfiar de sus más caros amigos?

— Juan de Avila ha tenido confianza en mí, respondió simplemente José.

— Yo la tengo también, dijo Estévan tendiéndole la mano.

— ¡Pues bien! probádmelo, don Estévan: respondedme con franqueza. Si no podemos lograr salvar al gobernador con testigos, ¿que medio quereis emplear?

— No sé, respondió Estévan con duda.

José conoció que había una segunda intención.

— Sublevar al pueblo, arrebatar al gobernador durante el auto de fé... herir el grande inquisidor, dijo con viveza el dominico.

Estévan le miró con desconfianza. José conoció que acababa de descubrir el verdadero secreto del joven Vargas.

— Ese medio no sería bueno más que en un caso enteramente desesperado, respondió Estévan; pero su fisonomía movió desmentía la prudencia de sus palabras.

José lo había adivinado.

El joven fraile no insistió más; pero conduciendo á Estévan al lado de su futura, le dijo con tono sentido y lleno de candor:

— Don Estévan, suceda lo que suceda contad conmigo hasta morir.

— Gracias, don José, respondió Estévan, pero los amigos se conocen en las pruebas.

— La prueba vendrá, dijo tristemente José. ¡Oh, Estévan! no teneis más fiel amigo que yo, y en esta lucha dejaré acaso mi vida. Entonces creereis, prosiguió con dulzura.

Estévan era joven, se conmovió, iba acaso á decir todo su pensamiento, á confiarse á este hombre extraño que le admiraba y le fascinaba á la vez; pero entrando

en la sala baja, llamaron con viveza á la puerta de la calle.

— Somos vendidos, pensó Estévan.

Juan de Avila miró á José como para leer en su semblante; pero ni el dominico, ni Dolores demostraron la menor sorpresa. Juana fué á abrir.

Era Coco, que venia todas las noches á la misma hora á tomar las órdenes de José y darle cuenta de las que había recibido la víspera.

Á la vista de este rostro amigo todos los temores se salvaron.

— ¿Que hay de nuevo, Coco? preguntó el joven dominico?

— Reverencia, respondió el alguacil con duda, el gobernador de Sevilla....

— Comparecerá dentro de dos días ante el tribunal, dijo José, lo sé, ¿que más?

— Estaré de guardia á la puerta de su calabozo, dijo Coco.

— ¡Oh! exclamó Dolores con ansiedad, ¿podreis?...

— No estaré solo, respondió Coco comprendiendo su pensamiento.

— Y bien, pensó Dolores, pues que nadie puede nada por él, á mí me toca salvarle.

Juan de Avila se levantó para salir.

— Dolores, dijo Estévan en voz baja, moriré ó salvaré á tu padre.

— Bendito seas, Estévan, respondió ella.

— Hija mía, dijo a su vez Juan de Avila, sé prudente, contad con vuestros amigos, y no salgais por ningún motivo.

Dolores bajó la cabeza sin responder, porque no queria mentir, ni nada prometer. Sus ojos no se separaron de Estévan sino cuando la puerta de la calle se cerró.

Estévan, José y el apóstol se alejaron juntos. José les acompañó hasta el puente de Triana; allí se separó de ellos.

Coco les había seguido á corta distancia. José se volvió y acercó el alguacil.

— Coco, le dijo, vigila con cuidado todos los pasos de don Estévan de Vargas, y sean los que quieran, adviertemelos al momento.

— Reverencia .., respondió Coco con duda, ¿es por su bien, sin duda, qué quereis?... un amigo del apóstol.

— Está tranquilo, pobre Coco, he ¿hecho alguna vez mal á alguno? dí.

— ¡Oh! ¡sois bueno como los angeles de Dios! respondió el alguacil, haré todo lo que quiera vuestra Reverencia.

Pero al día siguiente Juan de Avila y Vargas partieron para Madrid para implorar el perdon de Manuel Argoso.